



► Sacerdotes día a día

La formación permanente integral

► Comisión Episcopal del Clero

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN:

UNA NUEVA PROPUESTA DE FORMACIÓN PERMANENTE

- Al hilo de *Pastores dabo vobis*
- Un tema específico: la formación permanente
- Diversas reacciones ante la formación permanente

CAPÍTULO I:

LA NUEVA PROPUESTA DE *PASTORES DABO VOBIS*

1. Un planteamiento global e integral
2. Una fundamentación específica
3. Las razones teológicas de la formación permanente
4. Motivada por la caridad pastoral
5. Durante toda la vida del presbítero
 1. El primer tiempo: los sacerdotes jóvenes
 2. Un alto en el camino: los sacerdotes de mediana edad
 3. El silencio para la sabiduría: los sacerdotes mayores
 4. La veneración de la ancianidad: los sacerdotes ancianos
6. En suma: una formación una y plural, permanente e integral

CAPÍTULO II:

PARA PROFUNDIZAR LO QUE SOMOS

1. La configuración con Cristo, Cabeza y Pastor: meta y tarea de la formación permanente
2. El ministerio y la formación permanente como realidades eclesiales
3. «Por la vida del mundo»: secularidad y pro-existencia en la formación permanente
4. En la fuerza del Espíritu: dinamismo «espiritual» de la formación permanente

CAPÍTULO III:

PARA VIVIR Y TRABAJAR EN COMUNIÓN

1. Al servicio de la unidad
2. En torno a un proyecto común
3. En comunión con los hermanos
4. Al servicio de la comunidad
5. Una responsabilidad compartida:
 - del mismo sacerdote
 - del obispo y del presbiterio
 - de la comunidad cristiana
 - de la Iglesia particular
 - de las Facultades, Institutos teológicos y Seminarios
 - de la Delegación Episcopal del Clero

CAPÍTULO IV: PARA MADURAR EN LA MISIÓN

1. Capaces para la empatía y el discernimiento ante la sociedad actual
2. Oyentes, servidores y anunciadores de la Palabra, para autenticar la fe de los bautizados
3. Promotores de la comunión eclesial, para configurar comunidades maduras
4. Promotores de la fuerza evangelizadora de la acción litúrgica
5. Inclínados hacia los pobres desde una mejor comprensión del Evangelio
6. Animadores de la «salida» misionera de la comunidad
7. Acompañantes del crecimiento eclesial y del compromiso secular de los laicos

CAPÍTULO V: ÁREAS DE FORMACIÓN PERMANENTE Y SUGERENCIAS OPERATIVAS

1. Crecer como personas, para servir como pastores
Sugerencias operativas
Servicios de apoyo
2. Reavivar la espiritualidad apostólica para entregar nuestra vida
Sugerencias operativas
Servicios de apoyo
3. Estudio y actualización permanentes para trabajar con fidelidad
Sugerencias operativas
Servicios de apoyo
4. Trabajar como pastores, compartiendo el presente y el futuro de la misión
Sugerencias operativas
Servicios de apoyo

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN: UNA NUEVA PROPUESTA DE FORMACIÓN PERMANENTE

Los obispos de la Comisión Episcopal del Clero queremos ofrecer a los obispos y a los sacerdotes de sus diócesis unas reflexiones sencillas y operativas sobre la naturaleza y la importancia de la formación permanente.

El título que damos a nuestra comunicación intenta expresar lo fundamental de su contenido. Queremos subrayar que el sacerdocio de obispos y presbíteros es una realidad dinámica; que nos hacemos sacerdotes día a día mediante un proceso vivo, dinámico e integral, que nos va madurando para un ejercicio actualizado, integrador y plenificante de nuestra misión de pastores en la Iglesia y en el mundo.

Al hilo de *Pastores dabo vobis*

El hilo conductor de nuestra mutua comunicación va a ser *Pastores dabo vobis*, la exhortación en la que Juan Pablo II recogió los resultados del Sínodo de los Obispos de 1990, dedicado a la formación sacerdotal en las circunstancias actuales. Podemos decir que, entre nosotros, esta exhortación del Papa cayó en un terreno abonado: la reflexión conjunta y prolongada sobre la vida y ministerio de los presbíteros, expresada fundamentalmente en el Simposio (1986) y en el Congreso de Espiritualidad Sacerdotal (1989).

Unas reflexiones estimuladoras sobre la vida apostólica de los presbíteros fueron, asimismo, el contenido del documento *Sacerdotes para evangelizar*, de 1987. Quiso la Comisión Episcopal del Clero traducir en él las exigencias que la nueva evangelización plantea a la vida y ministerio de los sacerdotes. Este documento se convirtió en una referencia casi obligada para todos los intentos de renovación de la vida y ministerio sacerdotales entre nosotros.

Un tema específico: la formación permanente

En esta nueva comunicación queremos centrar la atención en un tema específico: la formación permanente según *Pastores dabo vobis*. Siempre, y especialmente a partir del Vaticano II, la formación permanente de los sacerdotes ha sido tema de preocupación teórica y práctica en todos los niveles eclesiales. *Pastores dabo vobis* ha supuesto, sin embargo, un hito histórico, llamado a promover un desarrollo nuevo y orientador del tema de la formación antes y después de la ordenación sacerdotal. Del 4 al 7 de diciembre de 1992, la Comisión Episcopal del Clero organizó un Simposio sobre la Formación Permanente de los Sacerdotes, con la intención de realizar un primer esfuerzo de recepción de la novedad y riqueza que aportaba *Pastores dabo vobis* a la concepción y contenidos de dicha formación. Esfuerzos similares se han hecho a lo largo y ancho de las distintas diócesis de España, con intentos cotidianos o actividades extraordinarias.

Diversas reacciones ante la formación permanente

Todos sabemos que el tema de la formación permanente, por las experiencias personales e institucionales tan variadas que de ella tenemos, suscita en cada uno de los sacerdotes reacciones diferentes y, a veces, encontradas. De manera general podemos decir que, hasta ahora, en nuestras diócesis, la formación permanente ha procurado preferentemente la actualización de la formación teológica y pastoral adquirida en el Seminario. Ha intentado equipar a los sacerdotes de manera conveniente para que podamos dar razón de nuestra esperanza en situaciones de cambios acelerados y profundos a nivel social, cultural y eclesial. Podemos afirmar que el esfuerzo ha sido y está siendo considerable y laudable. En el desarrollo posterior de estas reflexiones vamos a ver, sin embargo, que esta perspectiva queda positivamente ampliada y enriquecida por *Pastores dabo vobis*.

La respuesta sacerdotal a estos intentos ha sido desigual. Nos hemos preguntado con frecuencia por qué muchos presbíteros no hemos sentido siquiera esa urgencia de actualización teológico-pastoral. Tal vez nos hemos visto desbordados por acontecimientos y experiencias sociales y eclesiales que han superado nuestros ritmos de asimilación; quizás salimos del Seminario con la sensación de que la ordenación nos ponía en una situación de término y de que el carácter sacramental nos dispensaba de todo esfuerzo de actualización de la propia vocación. Acaso no hayamos acertado en todas nuestras diócesis a adaptar adecuadamente las ofertas diocesanas a las expectativas y necesidades reales de todos los sacerdotes ni a integrar convenientemente la formación teológica con la práctica pastoral.

Una sensación de cansancio, desencanto y cierta frustración ha podido influir también en que algunos de nosotros hayan perdido las motivaciones más personales e íntimas para mantener un espíritu abierto y vigilante de cara a una permanente actualización.

Hemos querido comenzar señalando los casos más extremos, pero no los más infrecuentes. Todos tenemos la experiencia de ausencias permanentes e inmotivadas de hermanos nuestros en jornadas de actualización, en reuniones de formación diocesanas o arciprestales, en encuentros sacerdotales de programación y revisión pastoral. Aunque lo podamos comprender, resulta doloroso que muchos no hayan querido compartir esta actitud de sincera búsqueda junto a los demás sacerdotes, y prefieran cerrarse sobre sí mismos, en una soledad a veces amarga y siempre dolorosa, antes de intentar buscar conjuntamente los mejores caminos para una necesaria renovación de la propia mente y corazón.

Digámoslo claramente: a pesar de todos los esfuerzos de las diócesis, de sus delegaciones para el clero y de otras instituciones, la respuesta a las ofertas diocesanas oscila entre un 30 por 100 y un 40 por 100. Debemos preguntarnos seriamente qué nos está pasando a un 60 por 100 ó 70 por 100 respecto a la formación permanente. Un número tan elevado de ausencias revela una desmotivación de alto riesgo.

Es verdad que suelen darse a veces respuestas personales de formación permanente, al margen de los ofrecimientos diocesanos. La impresión, sin embargo, es que estas respuestas personales son escasas y reducidas. Sería, por otra parte, muy cuestionable, en un contexto de tarea común, una

formación permanente vivida como episodio individual, sin ninguna intercomunicación ni contraste con los compañeros de misión.

Conocemos, por otro lado, la dificultad del trabajo personal cuando la formación permanente ha intentado ir, a veces sin conseguirlo, por el camino de una metodología de participación, mucho más apropiada a la formación permanente de adultos. Hay entre nosotros una marcada tendencia a la simple recepción de informaciones, sin una implicación participativa. A pesar del avance innegable en las pedagogías de participación, todavía nos cuesta lograr sesiones de trabajo que sean el resultado de una madura y esforzada asimilación personal con la que luego poder enriquecer a los hermanos y ser enriquecidos por ellos. Estos métodos activos y participativos deberían generalizarse, pero es un método que no acaba de imponerse con la necesaria fuerza y amplitud. Son los más indicados para transformar la mentalidad y mejorar la acción evangelizadora.

Muchos sacerdotes, no obstante, acuciados por la nueva situación teológico-pastoral en que nos situaba el Concilio Vaticano II, sintieron la urgente necesidad de «ponerse en forma», respondiendo a la invitación de «aggiornamento» en una gran amplitud de ámbitos: Biblia, teología, espiritualidad, liturgia, catequesis, pastoral, temas de actualidad socio-política, etc. En el inmediato postconcilio se percibió, en efecto, la necesidad de una renovación mental, con actitudes profundas de conversión a Dios, a los hombres, a la Iglesia, al mundo y al propio ministerio, junto a una necesidad de actualización doctrinal: no podíamos estancarnos con los conocimientos adquiridos en el Seminario. Los tiempos nuevos nos urgían.

Así por los años 70 se iniciaron en nuestras diócesis, con resultados desiguales, las más variadas iniciativas de formación permanente de los sacerdotes, que permanecen hasta nuestros días. Situaciones y urgencias nuevas dieron nuevos impulsos y crearon nuevas motivaciones en muchos sacerdotes. Recordamos sólo dos: el cuestionamiento de la pastoral de cristiandad y la necesidad del paso a una pastoral misionera, que se hace más intenso y se percibe con bastante generalización y la urgencia de una nueva evangelización que, iniciada ya por Pablo VI y desarrollada vigorosamente por Juan Pablo II, ha sido el hilo conductor de las programaciones pastorales de la Conferencia Episcopal en los últimos trienios y de las programaciones pastorales de la práctica totalidad de nuestras diócesis. El tema de la nueva evangelización se ha convertido en una especie de indicación programática para la pastoral de la Iglesia universal con la exhortación del Papa *Tertio millennio adveniente*. En todo este gran esfuerzo late la preocupación sincera de promover una pastoral evangelizadora que sea significativa para el hombre contemporáneo y aporte respuestas creíbles a sus grandes interrogantes personales, culturales y sociales.

Este cúmulo de situaciones y urgencias nuevas, tanto sociales como eclesiales, ha ido desarrollando en muchos sacerdotes un sincero deseo de responder pastoralmente a la altura que piden las circunstancias y el momento de la misión. Tarea nada fácil. Pero quienes analizan de modo objetivo la situación de los sacerdotes hoy dicen que, no obstante el avance en su media de edad, es éste un momento propicio para un relanzamiento de envergadura de la formación permanente. Es sería la preocupación de los sacerdotes, en su variedad de expresiones, por acertar en su misión. Ahí reside la mejor garantía para hacer posible una actualización y ampliación de lo que esta formación exige y aporta para un ejercicio creíble del ministerio, en una situación de misión evangelizadora. El presente documento quiere recoger e iluminar esta disposición positiva de los sacerdotes.

La estructura de estas reflexiones es la siguiente:

Un primer capítulo va a retratar los rasgos de la nueva propuesta de Formación Permanente presentada por *Pastores dabo vobis*; el segundo, tercero y cuarto van a seguir una clave de lectura sugerida por la misma exhortación apostólica cuando relaciona la formación permanente con el misterio, con la comunión y con la misión de la Iglesia. Presentaremos la formación permanente como camino para profundizar lo que somos (cap. II), como apoyo para el trabajo en la comunión eclesial (cap. III) y como desafío a la necesaria maduración para la misión en tiempos nuevos (cap. IV). Terminaremos con una serie de sugerencias y apuntes de posibles apoyos para cada una de las áreas de la formación permanente integral (cap. V).

CAPÍTULO I: LA NUEVA PROPUESTA DE PASTORES DABO VOBIS

En estas circunstancias la exhortación nos abre nuevas perspectivas para dar a la formación permanente de los sacerdotes una profundidad y un calado al que no estábamos acostumbrados ni siquiera allí donde se habían logrado resultados más que aceptables.

De *Pastores dabó vobis* surge una nueva propuesta de formación permanente, cuyos principales rasgos podríamos resumir así:

1. Un planteamiento global e integral

Se trata de un planteamiento global e integral, de modo que para dar razón de esta amplitud extensiva e intensiva de la formación permanente en el futuro deberemos hablar siempre de formación permanente INTEGRAL. No va a ser nada fácil, porque tenemos excesivamente unida la noción de formación permanente a un aprendizaje actualizador. Quizás el simple adjetivo «integral» no sea todavía suficiente para ponernos en la línea de un proceso vivo, global e integral de continua maduración, que es como se entiende en la exhortación apostólica¹.

Esta maduración se obtendrá sólo en la medida en que atendamos y profundicemos en las diferentes dimensiones de la formación: humana, espiritual, intelectual y pastoral². El concepto, pues, se amplía. La vida y el ministerio del sacerdote se encarnan en una existencia concreta, llamada a madurar humana, espiritual, intelectual y pastoralmente de una manera continua y motivada desde la caridad pastoral. El sacerdote es, pues, una existencia concreta, pluridimensional, llamada a una constante maduración. A este modo de ser habrá de responder un esfuerzo, a la vez personal e institucional, de formación que sea también permanente y pluridimensional. Hay en *Pastores dabó vobis* una urgente llamada a superar todo posible reduccionismo.

El adjetivo «integral» incluye, pues, toda esa riqueza de procesos vivos y permanentes de maduración personal y ministerial, de atención a la pluralidad de dimensiones de la misma existencia humana, de esfuerzos subjetivos e institucionales para responder adecuadamente a las demandas de una maduración nunca acabada y que se prolonga, con modalidades e intensidad diferentes, durante toda la vida del sacerdote. Son muchas cosas para ser sostenidas por un simple adjetivo. El peligro será siempre que la aposición «integral» a formación permanente no sea suficiente para evitar el riesgo de seguir reduciendo mentalmente la formación permanente a la actualización teológico-pastoral. Ésta, sin embargo, es sólo una dimensión de la formación permanente integral. Cuando aparece un concepto rico y amplio, siempre percibimos una cierta inadecuación del lenguaje para describirlo cabalmente y mucho más para definirlo exactamente. En la misma *Pastores dabó vobis*, «formación permanente» cubre, unas veces, ese amplio campo de la maduración progresiva de la vida y ministerio, que queremos describir con el adjetivo «integral», y, otras, designa específicamente la formación intelectual y su exigencia de constante actualización. La atención, pues, a la integralidad nos exigirá distinguir niveles, diferenciar dimensiones, diversificar servicios. Pero aquella habrá de permanecer siempre como un punto de obligada referencia para no fragmentar ni dividir, y, mucho menos, entorpecer un proceso armónico de maduración continua personal y ministerial.

2. Una fundamentación específica

Otro rasgo novedoso de *Pastores dabó vobis* es la fundamentación específica que aporta a la formación permanente, en el caso del sacerdote. El dinamismo sacramental configura el propio dinamismo humano del sacerdote. El sacerdote se percibe «haciéndose» día a día, no sólo como hombre, sino también como sacerdote. De ahí una afirmación del Papa que tiene carácter de fundamentación originaria: «la formación permanente es una exigencia intrínseca del don y del ministerio sacramental recibido, por lo que es necesaria en todo tiempo»³.

Frente a la concepción estática de un sacramento recibido de una vez para siempre como realidad acabada, *Pastores dabó vobis* habla expresamente del «Dinamismo del sacramento del

Orden», descubriendo en ese dinamismo «el fundamento y la razón de ser original de la formación permanente»⁴. Esta óptica contradice una tendencia muy generalizada entre nosotros a entender la ordenación como término de un proceso vocacional, en la que se nos daría algo acabado que se nos pide guardar «íntegro» hasta la muerte. Con frecuencia, lo guardamos como hizo el siervo perezoso de la parábola de los talentos⁵. Frente a esa concepción, *Pastores dabó vobis* insiste en que con la ordenación «comienza una respuesta que, como opción fundamental, deberá renovarse y realizarse continuamente durante los años del sacerdocio en otras numerosísimas respuestas, enraizadas todas ellas y vivificadas por el "sí" de la ordenación»⁶.

A esta situación existencial, abierta y dinámica, es a la que el Papa llama «Vocación en el sacerdocio» (a la previa a la ordenación la ha llamado «Vocación para el sacerdocio»). La vocación en el sacerdocio nos da la capacidad de acompasar el descubrimiento del plan salvador de Dios (revelado en el desarrollo histórico de la propia vocación sacerdotal y en el desarrollo de los acontecimientos de la Iglesia y de la sociedad), con un crecimiento y desarrollo subjetivo e interior. Se establece así una armonía y compenetración entre plan de Dios y respuesta personal. La formación permanente será la mejor ayuda para una síntesis desde el discernimiento y la constante interiorización.

3. Las razones teológicas de la formación permanente

No es de extrañar, por tanto, que en la motivación para la formación permanente de los sacerdotes prevalezcan las razones teológicas sobre las simplemente humanas. No es que éstas no se reconozcan o no se valoren; simplemente quedan asumidas en unas motivaciones de fe, que dan a las motivaciones humanas una profundidad, una configuración y un alcance que las plenifica en su categoría propia de motivaciones humanas.

La formación permanente de adultos insiste mucho, en efecto, en la necesidad de motivaciones fuertes, para que el sujeto, principal agente de su propia formación, comprenda vitalmente la necesidad que tiene de seguir formándose, incluso en el caso de que su vida profesional o laboral haya alcanzado una situación estable y no sean previsibles ulteriores ascensos que requirieran una mayor y más actualizada preparación. En el caso de los sacerdotes, *Pastores dabó vobis* recuerda tres razones humanas, a las que deberíamos prestar la debida atención: 1) «la exigencia de una realización personal progresiva», 2) «la actualización y eficacia del ejercicio del ministerio sacerdotal puesto al día», 3) la necesidad de «no perder el tren de la historia», acompasando nuestro caminar con el de la historia misma⁷.

Estas y otras razones humanas, que deben mantener constantemente abierta una tensión «hacia adelante», quedan, sin embargo, asumidas y configuradas por el dinamismo del sacramento del orden, que sitúa la motivación fundamental de la formación permanente en el nivel de la fidelidad al ministerio recibido y en un proceso de conversión continua⁸. Ambas, fidelidad y conversión, son don del Espíritu, pero también son tarea y responsabilidad de cada sacerdote. Se trata, en definitiva de un «acto de coherencia consigo mismo»⁹ requerido por una opción sostenida y actualizada de por vida. Tal coherencia nos induce a crear y a acoger medios, instrumentos y acciones que apoyen y dinamicen la permanente maduración de esa opción en circunstancias personales, sociales y pastorales cambiantes.

4. Motivada por la caridad pastoral

Otro rasgo configurador de la nueva propuesta de formación permanente de *Pastores dabó vobis* es su enraizamiento en la caridad pastoral. La maduración continuada del pastor, su formación permanente, es un acto de amor al Pueblo de Dios. Su ministerio refiere al sacerdote total y radicalmente a la comunidad a la que sirve la Palabra, los Sacramentos y el Servicio de la caridad¹⁰. Como don del Espíritu, antes que como tarea, también la caridad pastoral desencadena en el presbítero un doble dinamismo de progresiva y nunca acabada profundización: ahondamiento en el misterio de Cristo y en el misterio cristiano y sensibilidad de pastor para conocer y comprender mejor a los destinatarios de su misión en sus situaciones concretas personales, familiares y sociales¹¹.

A esta meta de maduración continuada al servicio del pueblo de Dios responde el objetivo de la formación permanente: un proyecto libre y consciente que intente corresponder al dinamismo de la caridad pastoral y del Espíritu Santo, que es su fuente principal y su apoyo constante¹². A las exigencias permanentes intrínsecas de una formación continuada, la caridad pastoral añade una atención vigilante al «hoy» de la misión. Madurar progresivamente para realizar la misión con actualidad, eficacia y credibilidad nos urge a atender a los rápidos cambios sociales y culturales de los hombres y de los pueblos, a cuyo servicio está el ministerio sacerdotal, y a orientar decididamente la respuesta pastoral por el camino de la nueva evangelización, tarea ingente de la Iglesia, que no admite demora al final de este segundo milenio¹³.

5. Durante toda la vida del presbítero

Estamos, pues, ante una nueva propuesta de formación permanente de gran calado teórico-práctico. Una propuesta que nos concierne a todos los sacerdotes, en cualquier momento de nuestra vida y en cualquier responsabilidad pastoral en que nos encontremos. Su objetivo más global podría enunciarse, por una parte, como la necesidad de aprender a ser sacerdotes y a ejercer el ministerio día a día y, por otra, como la necesidad de crear, dinamizar y coordinar los medios y servicios que puedan apoyar ese dinamismo interior y lo puedan alimentar de una manera competente, seria y actualizada. El crecimiento de toda la persona del sacerdote es exigido por un sacramento y un ministerio esencialmente dinámicos. Al servicio de ese crecimiento integral, en todas las etapas y circunstancias personales y pastorales de la vida, la formación permanente se presenta también como exigencia intrínseca del don y del ministerio, como tarea personal y como servicio institucional¹⁴.

Pero *Pastores dabo vobis*, no se limita a afirmar que la formación de los sacerdotes, por ser «permanente», debe acompañar toda su vida, ha delineado también, a grandes rasgos, las características de esa formación en las diferentes etapas de la vida del sacerdote y los servicios institucionales de apoyo para cada una de ellas. Por ser permanente, la formación «debe acompañar a los sacerdotes siempre, en cualquier período y situación de su vida, así como en los diversos cargos de responsabilidad eclesial que se le confien; teniendo en cuenta, naturalmente, las posibilidades y características propias de la edad, las condiciones de vida y las tareas encomendadas»¹⁵.

A esta responsabilidad personal y permanente del sacerdote corresponde en cada diócesis la obligación de ofrecer para todo el itinerario de la vida del presbítero un conjunto unificado de servicios que, abarcando la formación permanente integral, la promuevan, la dinamicen y la acerquen a las necesidades y expectativas de los sacerdotes.

Este conjunto de servicios se ha de desarrollar, es verdad, a partir de un planteamiento común y progresivo para todo el presbiterio, mediante una misma atención, unificada y compartida, común y personalizada para todos. Pero, al mismo tiempo, nos dice la experiencia, que hay momentos en nuestra vida que requieren que ese servicio común se complete de una manera singular, se complemente y se especifique con una atención especial. Se nos invita a hacer un esfuerzo creativo para tener en cuenta «las posibilidades y características de la edad». Son períodos a los que podemos llamar momentos singulares en la vida del apóstol. Momentos especiales y cruciales del «hacerse» sacerdote día a día. Si en esos momentos, la formación permanente integral no ofrece una respuesta adecuada, terminará convirtiéndose en una carga más y no prestará la ayuda para ser, vivir y trabajar en unas condiciones personales, ministeriales y socio-culturales que, de suyo, son ya difíciles.

Acerquémonos a estos momentos singulares en la vida del apóstol.

1. El primer tiempo: los sacerdotes jóvenes

Es la fase más decisiva para el futuro¹⁶. Tiempo en que se conjugan el ser joven y la primera experiencia sacerdotal. Tiempo de los idealismos y del miedo. Tiempo en que el joven sacerdote

necesita «medirse con la realidad», confrontando la ilusión y la pasión con los límites reales que le ofrece su nueva inserción. Tiempo en que van cayendo ciertas «ilusiones» en medio de una fuerte llamada a mantener viva la ilusión.

Tiempo de comprobar cómo se está respondiendo en la práctica a la responsabilidad encomendada, y de enfrentarse a los resultados reales y concretos de las propias tareas. De hecho, un número significativo de curas jóvenes, al tiempo que viven intensa y generosamente su ministerio, se agobian fácilmente por la multiplicidad de sus trabajos y se abaten con alguna frecuencia por los reveses de la pastoral o las decepciones del propio presbiterio.

Los sacerdotes jóvenes deben sentirse llamados a responder humana y evangélicamente a los interrogantes que brotan de su confrontación con lo real. En el terreno teológico-pastoral, necesitan una seria iniciación en la teología apostólica y un descubrimiento existencial de que les es necesario seguir formándose intelectualmente. La cercanía con el tiempo del Seminario puede hacer creer al sacerdote joven que no necesita actualización. Lo advierte así la misma *Pastores dabo vobis*: «es comprensible una cierta sensación de "saciedad"... pero hay que rechazar como falsa y peligrosa la opinión de que la formación sacerdotal concluye cuando se deja el Seminario»¹⁷. Espiritual y existencialmente deben ir tomando cuerpo histórico en este período actitudes profundas de fe y de oración, desde la propia confrontación con una situación nueva.

Todas estas necesidades, que los mismos sacerdotes jóvenes sienten con especial intensidad, llevan a *Pastores dabo vobis* a proponer un especial acompañamiento de su itinerario, invitando a la creación de una «adecuada estructura de apoyo». En muchas de nuestras diócesis se está realizando este acompañamiento especial con resultados muy positivos. A la luz de la exhortación apostólica y desde las experiencias ya realizadas podemos extraer algunas conclusiones que nos pueden servir a la hora de consolidar la experiencia:

- No puede tratarse de un intento de prolongación indefinida de la vida del Seminario. La preparación para el sacerdocio ha terminado; ahora el sacerdote joven se encuentra ya de lleno en la formación en el sacerdocio.
- En la realidad y en la metodología esta adecuada estructura de apoyo debe ayudar a responder a las necesidades antes descritas que los sacerdotes jóvenes experimentan en este primer período.
- No debe consistir en una atención que evite, supla o retrase la plena incorporación al proceso de formación permanente integral del propio presbiterio. Se trata, más bien, de fomentar esa incorporación con un apoyo de cumplimentación y concreción originales. *Pastores dabo vobis* habla de una ayuda orientada a una inserción decidida y convencida en el presbiterio, y a un crecimiento en la comunión y la corresponsabilidad¹⁸.
- Ha de ser, por tanto, temporal. De ningún modo puede convertirse en una realidad paralela de formación que prive al presbiterio diocesano de la juventud y dinamismo que su clero joven está llamado a inyectarle. Un espacio de 5, 7 ó 10 años podría muy bien cumplir con estos objetivos.
- Metodológicamente habría que tener muy en cuenta el trabajo de grupo, dirigido con una especial sabiduría y experiencia por guías y maestros adecuados. La frecuencia de los encuentros, la posibilidad de algún modo de fraternidad apostólica en lo cotidiano del vivir y del hacer, la referencia a equipos sacerdotales de trabajo, nos pide a todos, sobre todo a los obispos, que, en la medida de lo posible, en este primer período de la vida pastoral de los sacerdotes, primen los intereses de esta etapa formativa por encima de otros intereses pastorales o de distribución de clero. Pero además de esta actitud de los obispos, son también imprescindibles la comprensión positiva de todo el presbiterio, y muy especialmente la de los sacerdotes del propio arciprestazgo.

2. Un alto en el camino: los sacerdotes de mediana edad

En la descripción de esta etapa, *Pastores dabo vobis* es enérgica y realista. Habla, en concreto, del riesgo de un activismo exagerado o de una rutina ministerial; de la tentación de presumir de uno mismo desde la autosuficiencia de quien no cree necesitar contrastar nada con nadie; de cansancio interior, fruto de una desilusión resignada frente a las dificultades y fracasos¹⁹.

Es la etapa que la experiencia acumulada describe como «crisis de madurez», en la que, de una manera u otra, se comienza a notar una leve involución orgánica, ligeramente declinante. Es el tiempo de la mirada simultánea hacia atrás y hacia adelante. Se tiende a sopesar mucho el nivel de fecundidad y eficacia de la vida pasada y apunta un cierto temor a la inutilidad y soledad futuras. Frecuentemente el sacerdote adulto sufre una especie de cansancio interior peligroso, fruto de una desilusión resignada frente a las dificultades y fracasos²⁰.

Tiempo de grandes interrogantes, que versan no sólo sobre la eficacia, sino sobre el sentido mismo de la propia existencia. Se pone en cuestión la existencia pasada: «¿Es válido y sólido lo que he construido con mi dedicación pastoral? ¿Albergó una satisfacción básica sobre la madurez espiritual adquirida?». Se analiza la existencia presente: «¿Vivo "adultamente feliz", es decir, centrado? ¿En qué grado mi vida está siendo útil a los demás y grata a Dios?». Se lanza una mirada sobre la existencia futura: «¿Qué puedo esperar de una realidad (eclesial, social, personal) que "da de sí lo que da"? ¿Qué quedará de todo esto en lo que estoy poniendo mi vida entera?»²¹.

La mayoría de los sacerdotes adultos vive esta situación personal con madurez, sin resentimientos agresivos o inconformistas, con una gran dosis de realismo sereno y esperanzado. Esta actitud global es importante, porque la experiencia nos dice, en efecto, que de la manera de afrontar y de resolver los interrogantes más cruciales de esta edad dependerá muy significativamente el rostro y el talante de todo el presbiterio diocesano.

Pastores dabo vobis propone tres objetivos a la formación permanente en este momento singular: continua revisión del propio equilibrio personal; búsqueda permanente de motivaciones y medios para la propia misión; vigilancia constante para descubrir las nuevas demandas de salvación que nos llegan de los hombres²². Para conseguirlos, nos resulta muy oportuna la oferta institucional de un alto en el camino, un «tiempo sabático», de balance vital, importante para granar la configuración ministerial. Es un tiempo de sosiego, de calma para la actualización teológico-pastoral y el cultivo espiritual. Pero también para reconciliarse con el propio pasado, asumir el presente y afrontar el futuro. Es el tiempo para la comunicación en profundidad con Dios y con otros hermanos sacerdotes. Es, por eso, aconsejable que el período sabático se realice en clima convivencial, incluya los Ejercicios Espirituales de mes y cuide con esmero las cuatro dimensiones de la formación permanente integral.

Es un tiempo ofrecido por la diócesis al sacerdote con el agradecimiento de quien sabe reconocer un trabajo pastoral que cansa y desgasta y con la clarividencia de quien sabe intuir necesidades personales de cara a una mayor plenitud y a un servicio más gozoso y entregado. Es un tiempo acogido por el sacerdote con la alegría de quien en la cadencia del tiempo personal y ministerial ansía el sosiego que reconforta y anima. En esta etapa de madurez, todos los sacerdotes deberían tener, al menos, un año sabático, para crecer en fidelidad y entusiasmo por la misión.

3. El silencio para la sabiduría: los sacerdotes mayores

Es otro momento singular. El tiempo en que comienzan a percibirse los síntomas del envejecimiento. La involución biológica se vuelve ya decadencia visible para los demás y sensible para el sujeto mismo. Las facultades mentales disminuyen. La memoria, la fantasía y el vigor mental decrecen. Percibir el envejecimiento supone con frecuencia una cierta tristeza, cuyos temas principales parecen ser estos dos: pena por el tiempo perdido y sensación de que la vida «se va yendo». La afectividad se hace más lábil: las lágrimas brotan más fácilmente. El temor al retiro y al debilitamiento de la salud preocupan cada vez más. Una pérdida en el hacer y en el poder inducen, por otra parte, un descenso en la conciencia de valer²³.

Es el tiempo de aprender a sosegar el ritmo de la actividad. Tiempo para acompañar mejor interioridad y exterioridad, oración y acción, descanso y trabajo. Es el tiempo de aprender a ir envejeciendo. El momento y la tarea no son fáciles.

La formación permanente debe ayudar a los sacerdotes mayores a hacer una lectura sapiencial de la propia historia personal, a vivirla y experimentarla como verdadera historia de salvación. Debe ayudar a descubrir la originalidad de la aportación que en este momento de la propia vida cada sacerdote está llamado a hacer al dinamismo de la Iglesia particular, del presbiterio y de toda la pastoral. Una aportación que es fundamental y necesaria, aunque, a veces, no logremos identificarla ni describirla convenientemente. Nos ayuda a ello la exhortación apostólica: «Para estos presbíteros la formación permanente no significa tanto un compromiso de estudio, de actualización o de diálogo cultural, cuanto la confirmación serena y alentadora de la misión que todavía están llamados a llevar a cabo en el presbiterio; no sólo porque continúan ejerciendo el ministerio pastoral, sino también por la experiencia que tienen, gracias a su experiencia de vida y de apostolado, de ser valiosos maestros y formadores de otros sacerdotes»²⁴.

Una nueva situación y un nuevo tipo de servicio. Para su aceptación interior se podría dar institucionalmente la posibilidad de un tiempo relativamente extenso (por ejemplo, un mes), en el que el sacerdote mayor pueda encontrar descanso positivo y gratificante, nueva actualización teológica y pastoral y condiciones necesarias para realizar una escucha serena y una reflexión tranquila en medio de una oración sosegada y contemplativa. Sería una buena manera de adentrarse en los últimos años de actividad. Para hacerlo posible, además de la necesidad sentida por cada sacerdote, será necesario que los obispos y los presbiterios comprendamos estas necesidades, las acojamos y las apoyemos sinceramente.

4. La veneración de la ancianidad: los sacerdotes ancianos

Algunos de nuestros hermanos han tenido la gracia de llenar multitud de años y se encuentran ya en la propia y verdadera ancianidad.

Ha llegado el tiempo de la jubilación pastoral, con todas las dificultades para aceptarla, ya que representa una especie de muerte social. En este período se intensifica también la soledad familiar y se hace más real y habitual la perspectiva de la muerte. Puede resultar un momento de disminución de estima personal, de tristeza y de nostalgias.

Dentro de la familia del presbiterio, el sacerdote anciano debe sentir un respeto y reconocimiento expresados rica e inequívocamente. Es preciso organizar el cuidado de sus necesidades con más generosidad y con más esmero que en otras edades de la vida. Será necesario multiplicar con ellos los gestos que mantengan viva su pertenencia al presbiterio, al que pueden siempre aportar la voz de su experiencia que ha de ser respetuosamente escuchada. De la forma más adecuada, es precisa su presencia en la misión, para que ellos mismos se sigan sintiendo solidarios de las tareas con el resto de sus hermanos. Tenerlos informados, visitarlos con frecuencia, estar atentos a sus especiales necesidades (vivienda, residencias, enfermedades...). Es el momento de hacerles sentir más intensamente el calor y el afecto de la familia presbiterial y diocesana, y la solidaridad de todos los hermanos sacerdotes, incluidos los más jóvenes.

6. En suma: una formación una y plural, permanente e integral

Lo percibimos claramente: una formación permanente, entendida desde esta amplitud, debe llegar a la totalidad de las necesidades de la vida y misión de los sacerdotes. Implica, en consecuencia, una rica pluralidad de líneas de acción y de servicios, desde un planteamiento que sea unitario y haga converger todos los esfuerzos en un mismo rumbo. Es decir, se ha de tratar de una formación permanente INTEGRAL, lo que significa:

- 1) que se refiera y alcance a todas las dimensiones de la persona del sacerdote: humana, espiritual, intelectual y pastoral. Con un lenguaje pesado y no funcional, para dar razón de la integralidad de la formación, podríamos hablar de una formación humana permanente,

formación espiritual permanente, formación intelectual permanente y formación pastoral permanente. Donde «formación» tiene, a su vez, un doble sentido: el de «maduración personal» y el de «apoyo instrumental» para la misma;

- 2) que cree, dinamice, sostenga y coordine desde un planteamiento global, la pluralidad de servicios necesaria para alimentar convincentemente una pluralidad de dimensiones, no estáticas, sino en permanente proceso de maduración;
- 3) una atención vigilante hacia la que Juan Pablo II llama «relación vital, específica e íntima»²⁵ de las cuatro dimensiones de la formación: humana, espiritual, intelectual y pastoral. Si no acertamos a establecer esa relación vital, volveremos de nuevo a fragmentaciones empobrecedoras de la gran riqueza de visión que supone *Pastores dabo vobis*, y que radica, fundamentalmente, en el talante existencial que ha dado a toda la formación permanente, entendida en su doble nivel, de actitud personal y de servicios institucionales de apoyo que la hagan posible. La integralidad se mueve también en el sentido de que cada una de las dimensiones de la formación transite por las otras, impregnándolas y enriqueciéndolas con su propia especificidad. Entre las cuatro dimensiones de la formación permanente debe existir, en efecto, una recíproca transversalidad.

CAPÍTULO II: PARA PROFUNDIZAR LO QUE SOMOS

Nos hemos referido ya a una de las novedades de *Pastores dabo vobis*: la manera original y sugerente de fundamentar la formación permanente en el dinamismo de la Ordenación y del ministerio sacerdotal. Entre el ministerio, como un proyecto creyente de por vida, y la formación permanente como tarea continua e inacabada, se dan unas mutuas implicaciones que quisiéramos ayudar a descubrir²⁶.

En la «razón teológica» de la formación permanente es donde se da ese «algo más» respecto a las nobles motivaciones humanas. Un «algo más» que sólo la fe percibe: su carácter teológico, su procedencia de Dios como don suyo. Es lo que queremos decir cuando hablamos del ministerio sacerdotal como un sacramento. Para la perspectiva creyente, este «algo más» constituye el núcleo esencial, su dimensión más profunda que lejos de negar la dimensión humana, histórica y sociológica del ministerio la penetra y atraviesa. Las motivaciones y razones teológicas otorgan a la formación permanente una «peculiaridad» derivada del ministerio sacerdotal.

Nos situamos en un nivel profundo, de pretensiones existenciales abarcales. En el nivel donde se realiza nuestro ser mismo de presbíteros. Una formación permanente, llamada a tocar ese nivel, no puede quedar reducida en la práctica a un aprendizaje continuado, que actualiza conocimientos y prepara adecuadamente para su aplicación concreta. Hay, es verdad, una formación permanente, que podríamos llamar «formal», cuyo planteamiento serio no podemos minusvalorar, y que será necesario actualizar constantemente. Pero la hemos de tratar siempre como una dimensión llamada a integrarse armónicamente en la globalidad de la maduración de nuestro ser y de nuestro hacer, a cuyo servicio está la formación permanente integral. La integralidad de la formación permanente no es, sin embargo, un concepto difuminador de límites, líneas, cauces precisos, responsabilidades reconocidas y ejercidas. No es un concepto difuminador, sino integrador. Por eso, la necesaria actualización teológica no queda confinada en una «reserva» aparte, sino que se ve urgida a buscar una integración convincente de lo teológico en la realidad humana, histórica y sociológica de una formación permanente acorde con la realidad del ministerio sacerdotal.

Queremos subrayar, pues, algunos aspectos de la relación entre ministerio sacerdotal y formación permanente. Lo hacemos desde la comprensión del ministerio ordenado como realidad que afecta a lo más íntimo de nuestro ser, estableciendo en nosotros una serie de relaciones, entre las que tienen especial relevancia las que se refieren a Cristo, a la Iglesia, al mundo y al Espíritu.

1. La configuración con Cristo, Cabeza y Pastor: meta y tarea de la formación permanente

La fundamentación cristológica del ministerio es prioritaria en *Pastores dabo vobis*. La configuración con Cristo, Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia constituye el nervio central de su teología del ministerio: «el presbítero encuentra la plena verdad de su identidad en ser una derivación, una participación específica y una continuación del mismo Cristo, sumo y eterno sacerdote de la nueva alianza»²⁷. Tal configuración se entiende como una realidad ontológica²⁸, que no se agota en la simple funcionalidad ni se reduce a ella. Es igualmente una realidad sacramental, puesto que en Cristo tiene su fuente originaria y capacita para actuar sacramentalmente en nombre y en la persona de Cristo Cabeza y Pastor, Señor y Siervo²⁹. Tanto el carácter simbólico de la imagen de Cristo en cuanto Cabeza de la Iglesia, como la realidad sacramental de la actuación del sacerdote permiten entender el ministerio como representación sacramental y presencialización personificada de Cristo³⁰.

Estamos ante una reflexión teológica densa de contenidos y llena de consecuencias: Cristo sigue siendo insustituible como Cabeza de la Iglesia. Él es el verdadero protagonista, nadie ocupa su lugar; el sacerdote es su signo sacramental. La realidad de la ordenación es omnienglobante, abarca a la persona y a las funciones ejercidas. El hecho de ser representación sacramental no deja lugar para justificar triunfalismos clericales ni para absolutizar la importancia, potestad o dignidad del ministerio por sí solo. Estamos en referencia permanente y continua al Otro, Cristo, a quien hacemos presente.

Pero la configuración con Cristo, otorgada como don inmerecido mediante la imposición de manos, es también una tarea, un proceso inacabado de apropiación personal y existencial. En este quehacer continuo de asimilación, donde vamos deviniendo aquello que somos y donde la identidad teológica ministerial se va transformando en «nuestra carne y nuestra sangre», se inserta la formación permanente previa y posterior a la ordenación sacramental en sus diversas etapas y en sus diversas dimensiones, en un proceso formativo de estructuración de la personalidad presbiteral³¹.

La meta de esta personalidad apunta a una expropiación creciente, donde el vivir y actuar «en la persona de Cristo Cabeza» nos permita decir en verdad y existencialmente: «ya no soy yo, sino Cristo quien vive en mí»³². Hacer transparente en la persona y en el ministerio al único Pastor y Salvador, que es Jesucristo. Facilitar el encuentro salvífico con Él, con la conciencia lúcida y gozosa de ser, en la propia condición histórica, humana y pecadora, un mero servidor de la salvación.

La formación permanente es un instrumento al servicio de esta «conformación» cristológica ininterrumpida del sacerdote en todas las dimensiones de su personalidad y de su actividad y en todo el decurso de su vida. Mediante la formación permanente se pretende dar unidad, mantener y alimentar dicho proceso. Esta conformación con Cristo deberá ser uno de los criterios para valorar las formas concretas, los momentos y los medios más aptos de la formación permanente.

2. El ministerio y la formación permanente como realidades eclesiales

Según *Pastores dabo vobis*, la fundamentación del ministerio en Cristo es la razón de ser de su fundamentación en la Iglesia. Después de haber hablado de la relación cristológica, se añade: «íntimamente unida a esta relación está la que tiene con la Iglesia. No se trata de "relaciones" simplemente cercanas entre sí, sino unidas interiormente con una especie de mutua inmanencia. La relación con la Iglesia se inscribe en la única y misma relación del sacerdote con Cristo, en el sentido de que la "representación sacramental" de Cristo es la que instaura y anima la relación del sacerdote con la Iglesia»³³.

El ministerio constituye una realidad eclesial, porque es un ministerio en la Iglesia. La formación permanente es también una realidad eclesial, llevada a cabo en la Iglesia y por la Iglesia, para un crecimiento en la fidelidad al ministerio recibido. En su planteamiento, motivaciones y realización, la formación permanente deberá, por tanto, tener en cuenta esta característica. Debe facilitar un ejercicio del ministerio donde los «asuntos» que atañen a la Iglesia sean vistos con mirada de fe y con conciencia de la gratitud divina. Debe posibilitar el ejercicio de un ministerio fraternal, solidario y

cercano, de corresponsabilidad proclamada y ejercida. Debe promover y acompañar una participación efectiva y afectiva en el presbiterio diocesano y en los planes de pastoral, con un sentido apostólico, comunitario y solidario de la obediencia³⁴. Debe responder a las necesidades reales de la diócesis con la que el ministerio concreto se halla vinculado.

Sabemos que el ministro se encuentra en la Iglesia en una situación peculiar: por su bautismo tiene un lugar dentro de la Iglesia; por su ordenación sacerdotal se halla, «*erga Ecclesiam, coram Ecclesia*»³⁵. Está llamado, por tanto, a la difícil tarea de presidir, actuando en la persona de Cristo Cabeza, en el ministerio de la Palabra, de los Sacramentos y de la dirección comunitaria³⁶. La práctica pastoral y necesidades nuevas y urgentes están estimulando una reflexión teológica sobre las formas, el alcance y las implicaciones de esta presidencia.

La formación permanente debe adiestrar en la asunción y en el ejercicio de esta responsabilidad específica de presidencia en nombre y en la persona de Cristo. Es éste uno de los aspectos más complicados en la vivencia del ministerio hoy día. Se dan, por una parte, los riesgos de prepotencia autoritaria, manipulación de las conciencias, miedo a perder significado e importancia, falta de respeto a la libertad ejercida por otros colaboradores. Por otra parte, sin embargo, puede existir dejación de las responsabilidades ante la crítica continua, incapacidad para tomar decisiones y comprometerse con una decisión vinculante, renuncia al ejercicio de una autoridad específica, requerida como servicio a la autenticidad de la fe y a la unidad de la comunidad cristiana.

Como siervos y no dueños de la Palabra de Dios, estamos llamados a escucharla, conocerla a fondo y asimilarla sapiencialmente. El ministerio de los Sacramentos nos pide cuidar cada vez más su preparación y celebración, haciéndonos capaces de hacer comprender y vivir a nuestras comunidades el valor de la gracia y el significado de los símbolos. Las formas concretas de la presidencia o la autoridad exigen hoy de nosotros un aprendizaje del trabajo en común y de la colaboración con religiosos, religiosas y laicos. Urge una formación nueva para un nuevo estilo de presidir la comunidad cristiana, a cuyo servicio ha sido constituido el ministerio. Su «*ser para*» la Iglesia pertenece, en efecto, a su realidad más profunda, al igual que su misión de facilitar el encuentro de los hombres con Cristo, también y especialmente en las circunstancias actuales.

En esta perspectiva, la formación permanente de los sacerdotes se percibe como una exigencia propia de su condición y de su ministerio: para responder mejor al carisma divino de gastarse y desgastarse en favor de quienes les han sido encomendados. Y aparece también como un derecho por parte de los fieles cristianos: son ellos los que están pidiendo un sacerdote conformado a Cristo, formado adecuadamente en los distintos aspectos de su tarea ministerial y entregado en cuerpo y alma al servicio de su comunidad.

3. «Por la vida del mundo»: secularidad y pro-existencia en la formación permanente

La relación del sacerdote con el mundo, su «*secularidad*», forma parte tanto de su persona como de su ministerio. No puede reducirse a un simple elemento añadido artificialmente para «*poner al día*» su figura y quehacer ministeriales.

La secularidad se deriva de la radicación cristológica del ministerio. Cristo, Hijo de Dios, se hace hombre y mundo, de tal modo que ya no es posible pensar al Dios de Jesucristo al margen del mundo y de la historia. Es el mismo Dios el que creó el mundo, dotándolo de autonomía y consistencia y el que tanto amó al mundo que le entregó a su propio Hijo, para que este mundo tenga vida en abundancia.

La secularidad se deriva también de la radicación eclesial del ministerio. La Iglesia no es una finalidad en sí misma, sino sacramento universal de salvación para el mundo. No es una realidad encorvada sobre sí misma, sino «*extrovertida*», hacia fuera, en virtud del dinamismo propio del Dios trinitario. Es un movimiento de «*ex-stasis*», de salida de sí, de descentramiento. El «*mundo*» no es, por tanto, solamente el ámbito del pecado; es la concreción histórica del amor creador y salvador de Dios, tal como se ha puesto de manifiesto en su Hijo y en la Iglesia.

La secularidad del sacerdote se fundamenta en la participación en esta misión de Cristo y de la Iglesia. Hace de su vida y ministerio algo en favor de este mundo concreto e histórico en el que vive, y se concreta en una «pro-existencia» como estilo de vida y comportamiento. Sin sentirse asediado por el mundo ni sentir contra él una agresividad impotente, el ministerio lleva al sacerdote a descubrir, alimentar, vivir y potenciar la salvación de Jesucristo en el aquí y ahora que le ha tocado vivir.

Esta secularidad o referencia al mundo es una de las relaciones y orientaciones irrenunciables que la Ordenación imprime al ejercicio del ministerio. La formación permanente debe, por tanto, no sólo tratar una serie de temas relacionados con una mejor comprensión del mundo actual, sino, ante todo, impregnar toda la maduración del sacerdote de un talante que acreciente su sensibilidad frente a la cultura contemporánea, estimule su apertura a la secularidad como condición eclesial y ministerial y como acogida de la vocación específica del seglar en el mundo. Debe, además, promover una verdadera inculturación del ministerio, que lo haga cercano y creíble. Debe, en fin, mantener una vigilante y continuada atención a las situaciones concretas en las que se encuentran los hombres.

4. En la fuerza del Espíritu: dinamismo «espiritual» de la formación permanente

La relación con el Espíritu está incluida en la fundamentación cristológica y eclesiológica del ministerio; no es algo añadido o yuxtapuesto. Ungidos por el Espíritu Santo, hemos sido alcanzados por Él en lo más íntimo de nosotros mismos, y bajo su influjo se desarrolla todo el ejercicio de nuestro ministerio³⁷. El Espíritu es el gran protagonista de la configuración con Cristo, del ejercicio ministerial y de la vida del presbítero³⁸.

El Espíritu hace de la Iglesia un «acontecimiento», y del ministerio un «don espiritual», entre cuyas tareas fundamentales está la de garantizar la unidad de la comunidad cristiana en la multiplicidad de sus dones y carismas. El ministerio es, en efecto, también un «don» del Espíritu, un «carisma», orientado no a apagar, sino a promover y armonizar los demás carismas dentro del Cuerpo de Cristo.

Configurados con Cristo por la efusión del Espíritu que nos consagra y envía³⁹, nos hallamos existencialmente inmersos en una historia vital, desde un ministerio de por vida, que requiere un compromiso mantenido. Aunque su trayectoria, de hecho, no sea siempre ascendente, sino que esté sembrada de dificultades, parones y retrocesos. Es precisamente aquí donde se manifiesta con más intensidad la «fuerza del Espíritu»: «Es el Espíritu Santo, infundido con el sacramento, el que sostiene al presbítero en esta fidelidad y el que lo acompaña y estimula en este camino de conversión constante. El don del Espíritu Santo no excluye, sino que estimula la libertad del sacerdote para que coopere responsablemente y asuma la formación permanente como un deber que se le confía. De esta manera, la formación permanente es, a la vez, expresión y exigencia de la fidelidad del sacerdote a su ministerio, es más, a su propio ser»⁴⁰. Lo cual permite entender la formación permanente «como opción consciente y libre que impulsa el dinamismo de la caridad pastoral y del Espíritu Santo que es su fuente primera y su alimento continuo»⁴¹.

La formación permanente debe apoyar este proceso de maduración por el que el pastor, un ser humano con deficiencias, consciente de ellas, capaz de reconocerlas sinceramente y empeñado en corregirlas y superarlas, pueda convertirse en medio de la comunidad en testimonio agradecido y elocuente de lo que la fuerza del Espíritu es capaz de hacer con un material tan endeble.

Estamos llamados a ser «instrumentos vivos del Espíritu». Un proceso dinámico en el que la formación permanente nos debe ayudar a mostrarnos disponibles, a escuchar, a obedecer, a ser fieles al Espíritu que inspiró a los profetas, condujo a Jesús y guió la acción de los apóstoles. Nos encontramos como «atados» por el Espíritu Santo⁴². Poder decir en verdad «ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí»⁴³ constituye la meta de la formación permanente. Pero este camino es obra del Espíritu Santo; también en sus aspectos más exigentes, aquellos en los que la espiritualidad del presbítero se ve confrontada con la radicalidad evangélica de la obediencia, el celibato y la pobreza⁴⁴.

La profundización en el misterio de la fe es obra del Espíritu, que nos va conduciendo hacia la verdad plena⁴⁵. Es, por tanto, el Espíritu el que progresivamente nos introduce en el misterio de lo

que sacramentalmente somos y el que nos guía en el camino de una preparación intelectual seria, actualizada y honesta, para realizar nuestra misión profética y descubrir y hacer germinar sus «semillas» allí donde libremente Él las esparce, porque «el Espíritu sopla donde quiere»⁴⁶.

Todo nuestro ministerio es una «diaconía del Espíritu»⁴⁷. Él imprime a nuestra tarea una nueva lógica, cuya expresión más acabada es la caridad pastoral. Es la lógica de la permanente disponibilidad, de la pro-existencia, de la ofrenda de la propia libertad, de la transparencia. Estas actitudes hacen posible que Cristo se haga presente como único mediador y salvador. Solamente la presencia y la fuerza del Espíritu son capaces de hacer efectiva una lógica como ésta, pues el Espíritu es la expresión suprema de la dinámica interna de Dios, que tiende a salir de sí mismo. Es la lógica de un descentramiento salvífico, reflejo de un Dios que se ha des-centrado primero, para introducir a los hombres y a toda la creación en la intimidad de su propia vida.

La formación permanente debe ayudar al sacerdote a vivir esta lógica en la práctica pastoral, comprendiendo el ministerio en la perspectiva de la misión, valorando sus configuraciones históricas, discerniendo las estructuras pastorales que han de ser mantenidas, renovadas o sustituidas. Y, en todo momento, nos debe ayudar a recordar que Iglesia y ministerio están en función de una realidad superior a la que sirven, el misterio trinitario de Dios, por el que resultan continuamente desbordadas.

CAPÍTULO III: PARA VIVIR Y TRABAJAR EN COMUNIÓN

Vivir y trabajar en la comunión de la Iglesia es para nosotros, sacerdotes, la mejor garantía de poder lograr un ejercicio ministerial armónico e integrado en la variedad de ministerios y carismas que el Espíritu suscita en el Cuerpo de la Iglesia.

1. Al servicio de la unidad

Haber recibido, dentro de esta comunión eclesial, el carisma de la unidad, no significa, sin embargo, estar en posesión de todos los carismas. Un sentimiento de desasosiego y de falta de paz interior en la vida de muchos sacerdotes proviene de una especie de acaparamiento de funciones y ministerios que, apoyándose en la inhibición y falta de preparación de los seglares, acaba por hacer recaer sobre los hombros sacerdotales todas las responsabilidades sobre todas las acciones pastorales, administrativas y de gestión en todos los campos y niveles. Una pastoral «clericalizada» de este modo es un mal contexto para la formación permanente, no sólo porque no deja a los sacerdotes los necesarios espacios libres para una reflexión sosegada, sino porque de tal modo dispersa los rasgos más específicos de su identidad que, al final, no le permite identificar con claridad las líneas prioritarias de su propia maduración como persona y como sacerdote.

2. En torno a un proyecto común

Una expresión pastoral privilegiada de la comunión de la Iglesia es la elaboración eclesial (sentida y realizada por todos, según las responsabilidades específicas) de un plan diocesano de pastoral que dé cauce comunitario al compromiso evangelizador de la Iglesia en el aquí y el ahora de su misión.

Un plan diocesano se convierte así en un elemento inspirador y regulador importante para la formación permanente. La participación activa, el acompañamiento entusiasta y la aplicación realista de este plan a la propia realidad pastoral, se convierten en cauce extraordinario para la formación permanente de los sacerdotes. El plan pastoral impone a la formación permanente un esfuerzo sincero de conocimiento y cercanía a los destinatarios, especialmente a aquellos hombres y mujeres, adultos y jóvenes, que por su lejanía de Dios y de la Iglesia deben ser los destinatarios privilegiados de un plan pastoral con talante misionero y evangelizador. La formación permanente buscará, en consecuencia, inducir en los presbíteros un conocimiento sincero y empático de las situaciones socio-culturales en las que esos destinatarios se encuentran, para descubrir las que pueden facilitar y las que pueden dificultar su encuentro con la fe. La formación permanente orientada por el plan

diocesano de pastoral cultivará en todos los pastores la capacidad de un discernimiento evangélico de la realidad que nos ha tocado vivir.

La preocupación compartida por llevar hacia adelante un plan pastoral conjuntado, que haga seria, eficaz y creíble la acción de la Iglesia, es un estímulo constante para la formación permanente en la línea de la más noble apologética⁴⁸. Para llevar a cabo hoy el diálogo salvador, será necesario que estemos atentos a la actualización teológico-pastoral; que seamos sensibles a las exigencias del lenguaje y a los modos y métodos de comunicación; que estemos convencidos de la validez de la propuesta que ofrecemos en una sociedad plural; que nos mostremos deseosos de hacer llegar la oferta salvadora a los ambientes más alejados o, incluso, hostiles, aprendiendo también ahí a dar razón de la propia esperanza.

Quedarse pretendidamente al margen de este esfuerzo de comunión pastoral de una Iglesia diocesana significa resentirse gravemente en los impulsos y motivaciones personales y ministeriales que deben mantener una tensión hacia adelante. Equivale a caer fácilmente en la rutina pastoral y en una reducción inconsciente de los destinatarios de la misión a la feligresía consolidada. Se llega, a veces, a un empobrecimiento de la relación entre demanda y respuesta pastoral. Por un lado el grupo consolidado de fieles puede empequeñecer su demanda (con frecuencia pide sólo servicios religiosos). Por otro lado el pastor empobrece su respuesta: para lo que sus fieles le piden le basta y sobra con lo que tiene y ofrece. Si este empobrecimiento pastoral quedaba en otros tiempos disimulado en un conjunto social poco plural, poco crítico e intelectualmente poco exigente, hoy revela una escandalosa insuficiencia que, de persistir, reforzará desde dentro la marginalidad e insignificancia en que muchos quieren situar el hecho religioso cristiano institucional. En un ambiente de misión, el pastor no puede acompasar los ritmos de exigencia de formación permanente a los que les dictan los grupos de feligreses más «incondicionales». Se termina, sin sentirlo, en una especie de «mutua saturación»: comunidad y pastor llegan a convencerse de que han tocado techo en cuanto a las exigencias de su misión.

Un buen servicio global de la Iglesia particular a la formación permanente de sus sacerdotes consiste, pues, en la elaboración, puesta en marcha y revisión continua de un plan de acción pastoral con el que intentar dar respuesta a los desafíos que la sociedad y el mundo de hoy presentan a la misión. Un plan que sea fruto de la colaboración activa de todo el Pueblo de Dios y signo de la comunión que se acoge y se vive en la Iglesia. En la existencia de un plan pastoral de este tipo y en la convergencia hacia él de una serie de actividades de reflexión, de profundización, de interiorización y de actualización, los sacerdotes de la diócesis podrán descubrir que la formación permanente a la que son convocados no consiste fundamentalmente en una especie de remozamiento académico, sino en una urgencia de maduración permanente e integral en la comunión, al servicio de la misión.

3. En comunión con los hermanos

El sacerdote vive la comunión de una manera especial con sus hermanos del presbiterio. Es, con ellos, co-presbítero y co-misionado en la única tarea que todos comparten con el Pastor de la Iglesia diocesana.

Mantener vivo el sentido de co-responsabilidad ministerial exige sostener durante toda la vida una actitud de apertura mental y vital hacia los hermanos del presbiterio, desde la humildad de quien no se siente realizado si realmente no se siente acompañado. El presbítero debe situarse en permanente actitud de crecer en la comunión para poder superar autarquías, parroquialismos, pastorales solitarias y erráticas, deudoras, muchas veces, de las propias «manías» o «monotemas» pastorales. En todas las etapas de la vida y del ministerio, existen fuerzas endógenas que intentan cerrar y aislar al sacerdote. El joven podrá verse con las fuerzas y motivaciones suficientes como para trabajar solo; el adulto, con la suficiente experiencia personal y pastoral como para no necesitar de nadie; el mayor, con los suficientes achaques y debilidades como para no sentirse ya necesitado por alguien. Es preciso hacer un sincero y renovado esfuerzo de comunión personal y pastoral desde la conciencia de una misión solidariamente encomendada a todos.

En este sentido, el ámbito del equipo sacerdotal de un arciprestazgo o zona pastoral, es de especial importancia para una formación permanente integral.

Reconocemos las limitaciones concretas que debilitan la cohesión y la fuerza de los equipos sacerdotales realmente existentes. Pero, a pesar de todo, la comunión se hace en ellos más cercana y real; la atención vigilante a la realidad se impone con más urgencia; las opciones pastorales comunes exigen una reflexión y maduración compartida; se contrastan y rectifican las tendencias personales; las propias insuficiencias se sanan; se rompen los aislamientos; los problemas se relativizan; se abren las mentes; los horizontes se ensanchan; la comunión se refuerza; se tensan los espíritus; las motivaciones se renuevan; las ilusiones renacen; se programan las acciones; las tareas se comparten; el trabajo se revisa...

Todo colabora a mantener viva la vocación en el sacerdocio, que es el presupuesto fundamental de toda formación permanente. Una formación permanente realizada en el lugar pastoral donde se trabaja, «in situ», puede estar especialmente motivada. Pues, aunque es verdad que en la formación permanente no hay que buscar recetas prácticas para solucionar los problemas pastorales concretos, no se puede ignorar, sin embargo, la ansiosa búsqueda de soluciones pastorales adecuadas que el sacerdote espera recibir de la formación permanente. En la tarea pastoral concreta, con sus logros y dificultades, se pueden encontrar motivaciones que estimulan un trabajo, serio y adaptado, de formación permanente.

4. Al servicio de la comunidad

Sabernos identificados desde y al servicio de la comunión de la Iglesia nos exige a los sacerdotes el reconocimiento y promoción de los demás carismas y ministerios, suscitados por el Espíritu y destinados a enriquecer la unidad de la Iglesia y a fortalecer el testimonio de su misión. Un conocimiento actualizado y vivenciado de la teología del laicado y de la teología de la vida consagrada por parte del sacerdote, ayudará a evitar mejor ciertas tentaciones de absorción pastoral monopolista, que tanto daño hacen a la maduración integral del propio presbítero y al desarrollo de la comunidad a la que sirve. Un decidido empeño pastoral en llevar hacia adelante una formación específica y actualizada de los seglares supondrá un enriquecimiento de la comunión en la Iglesia y una saludable resituación de la identidad del sacerdote al servicio de la comunión.

La acogida y el reconocimiento de la vida consagrada en el conjunto de la pastoral y en el corazón mismo del pastor, le ayudarán a comprender mejor la santidad de la Iglesia de la que los consagrados y consagradas dan un especial testimonio. Las dificultades de conjunción que, a veces, surgen en la práctica pastoral son una llamada mutua a una comunión convertida, forjada en el reconocimiento de la diversidad desde la confesión y prosecución de metas y proyectos comunes.

Sería empobrecedor que, por un falso sentido de responsabilidad solitaria, no aprendiéramos los sacerdotes a enriquecernos y a madurar desde el mutuo intercambio de dones y carismas de todos aquellos, religiosos/as y seglares, que están llamados por vocación bautismal y por consagración especial a ser corresponsables de la misión de la Iglesia.

5. Una responsabilidad compartida:

No es de extrañar que *Pastores dabo vobis* sitúe la alusión a los responsables de la formación permanente en el contexto de la Iglesia-comunión. Ese es el ámbito donde hay que identificarlos⁴⁹. La formación permanente es responsabilidad:

del mismo sacerdote

Él es, en efecto, el primer responsable de su propia formación permanente. Ha de conservar el deseo de aprender y crecer, si quiere mantener siempre un talante abierto. Debe estar convencido de que con su empeño por la formación permanente está realizando un servicio cualificado a la Iglesia particular y poniendo en juego las exigencias de la caridad pastoral.

del obispo y del presbiterio

Dentro de la Iglesia particular, corresponde al obispo y al presbiterio la elaboración de un proyecto y programa de formación permanente, que contenga una propuesta sistemática de contenidos, que se desarrolle por etapas y con modalidades distintas y que acompañe, apoye y dé cauces a las cuatro dimensiones de la existencia del sacerdote: humana, espiritual, intelectual y pastoral. El mismo obispo se convierte en animador de la formación permanente de los sacerdotes en su diócesis no sólo cuando la organiza con sus colaboradores y cuando determina para ella lugares y espacios, sino cuando, de manera convencida y entusiasta, participa él mismo en ella, consciente de su propia necesidad de maduración permanente en la vida y ministerio episcopal⁵⁰. Si esto se puede y se debe decir del obispo, cuánto más habría que decirlo de todos aquellos sacerdotes, responsables de organismos o instituciones diocesanas, profesores o docentes, llamados a realizar con todo el presbiterio una progresiva maduración en la fidelidad, en una recíproca y enriquecedora comunicación de dones personales, de ciencia, de esfuerzos y de programas pastorales.

de la comunidad cristiana

La vida compartida entre el sacerdote y su comunidad ofrece a la formación permanente una aportación fundamental, puesto que dicha formación no se reduce a una serie de episodios incoherentes ni a unas iniciativas aisladas, sino que comprende todo el ministerio y vida del presbítero⁵¹. Todos los sacerdotes podríamos testimoniar cuánto hemos aprendido de nuestras propias comunidades, cuando dentro de ellas hemos adoptado una condición de con-discípulos a la escucha del magisterio del Espíritu. Y cómo, muchas veces, la propia comunidad se ha convertido en maestra y forjadora de nuestra vida y ministerio. En el «hacerse» sacerdote día a día tienen un papel importantísimo las comunidades cristianas.

Aparte de las aportaciones específicas de seglares a la formación permanente de los sacerdotes en materias que son de su competencia, el presbítero está recibiendo permanentemente de la fe de sus gentes, de la experiencia cristiana de las personas sencillas y humildes, del impulso espiritual de las personas consagradas a Dios, de la valiente aplicación de la fe a la vida por parte de los cristianos comprometidos en responsabilidades sociales o civiles. Al servicio de todos ellos está el sacerdote y de ellos recibe un importante alimento espiritual⁵².

Se trata en muchas ocasiones de un estímulo sereno para una maduración sosegada desde el intercambio recíproco entre sacerdote y comunidad. Sin embargo, siempre que el sacerdote esté evangelizadamente presente en la intemperie de la sociedad humana, habrá ocasiones en las que seguramente recibirá un estímulo aún más vigoroso todavía hacia una maduración más acelerada. Se trata del contacto sincero con el mundo de la duda, de la crisis, del temor, del rechazo, de la desesperación, circunstancias difíciles que el hombre encuentra muchas veces en el camino de la fe, ese lado sangrante de una adhesión nada fácil. Frente a ciertas actitudes de evasiva y de huida, o de refugio en terrenos más seguros, *Pastores dabo vobis* piensa que ayuda a la formación permanente de los sacerdotes vivir y sufrir fraterna y sinceramente, en el propio corazón, estas situaciones dolorosas. La iluminación de tales situaciones desde la fe exige del mismo sacerdote un proceso de búsqueda interior de extraordinaria fuerza de maduración⁵³. Sabemos por experiencia cómo ante situaciones de esta categoría soluciones pastorales simplistas, por muy bienintencionadas que sean, producen más daño que bien y restan credibilidad al mismo mensaje que transmitimos.

Desde esta perspectiva se comprende bien la afirmación de *Pastores dabo vobis*: «Todos los miembros del Pueblo de Dios pueden y deben prestar una valiosa ayuda a la formación permanente de sus sacerdotes»⁵⁴. A modo de resumen, vuelve a recordarlo la exhortación, señalando algunos aspectos muy concretos, que merece la pena subrayar por su importancia práctica:

- a) La comunidad a la que el sacerdote sirve debe dejarle espacios de tiempo para el estudio y la oración. Esta conciencia de la comunidad nos parece especialmente importante. En todos los aspectos, la acción pastoral es hoy más compleja y complicada, también para que un sacerdote pueda encontrar fácilmente a otro sacerdote que lo sustituya en tiempos más largos y extraordinarios de estudio y oración, v.g., asistencia a jornadas de formación, Ejercicios Espirituales... Hay comunidades que se muestran extraordinariamente inflexibles para saber

renunciar, durante esos días, a ciertos servicios religiosos, y llegan a crear en el sacerdote una angustiada conciencia de obligación de prestarlos, que prevalece frente a la conciencia de obligación de tiempos especiales de estudio y oración, que tanto necesita.

Todos somos testigos de las prisas y desasosiegos en las reuniones sacerdotales y de la práctica imposibilidad de tener, al menos, un día íntegro al mes, dedicado a una formación permanente, seria y organizada, que tenga en cuenta las diferentes dimensiones de la existencia personal y ministerial. Las comunidades cristianas podrían ayudar mucho a sus sacerdotes reconociendo la absoluta prioridad de esta formación para una vida apostólica más dinámica y entusiasta, y facilitándola. Deben aprender a liberar al sacerdote, en esos días, de prestaciones pastorales que pueden demorarse sin especial quebranto. Sin esta actitud comprensiva y estimulante de los fieles, la participación de los sacerdotes en muchos de los cauces organizados, diocesana o arciprestalmente, de formación permanente, se verá siempre amenazada por la tensión y el desasosiego, sobre todo, cuando el menor número de sacerdotes nos crea la angustia de una presencia continuada difícil y dispersa.

- b) Que los seglares asuman tareas pastorales en los diversos ámbitos de la acción pastoral. No se puede improvisar el talante requerido en los sacerdotes para hacer posible este ejercicio de corresponsabilidad en toda la tarea pastoral, especialmente en lo que atañe a la promoción humana y al ejercicio de la caridad⁵⁵. Es fruto de una formación teórico-práctica permanente que, partiendo de la eclesiología del Vaticano II, intenta traducir en la vida práctica de la comunidad la responsabilidad apostólica que el bautismo y la confirmación confieren a los seglares.

Pastores dabo vobis recuerda la exhortación de San Pablo: «No somos dueños de vuestra fe, sino colaboradores de vuestro gozo»⁵⁶, refiriéndola a la relación del sacerdote con los seglares. A éstos les pide que con el ejercicio de su corresponsabilidad ayuden a los sacerdotes a hacerse conscientes de su identidad relacional. Desarrollar día a día este ejercicio de corresponsabilidad, en clima de relación fraterna y cordial, será posible únicamente si a una renovada eclesiología de comunión y participación se une una maduración humana y espiritual, capaz de asumir, acoger, comprender, perdonar, animar, suscitar... todas aquellas cualidades que están llamadas a enriquecer la figura de un pastor que no es tirano de la grey, sino su servidor.

- c) El reparto de las pequeñas responsabilidades.

Todos conocemos la cantidad de tareas y trabajos que los sacerdotes deben asumir de manera sustitutoria, o el cúmulo de actividades de gestión que en la administración parroquial realizan diariamente.

Lo mismo se ocupan de contabilidad que de albañilería; de limpieza del templo que de preparación de vasos sagrados; de tocar las campanas que de dirigir el coro. Se tiene, a veces, la impresión de que queremos «estar repicando y en la procesión». Es verdad que no se trata sólo de actitudes nuestras; a veces nos encontramos completamente solos y deseáramos vivamente una corresponsabilidad organizada, incluso en estos asuntos más pequeños. De todos modos, se trata, en ocasiones, de un círculo vicioso del que es necesario salir: por nuestra parte, repartiendo responsabilidades, aunque sean pequeñas.

— *de la Iglesia particular*

Al ser la referencia primera de la comunión eclesial la propia Iglesia particular, y tratándose de la maduración de toda la existencia sacerdotal (dimensión humana, espiritual, intelectual y pastoral), la matriz más genuina de la formación permanente integral es, pues, la misma Iglesia diocesana, en la que el sacerdote madura permanentemente para la misión. En este sentido, por pequeña y pobre que sea una diócesis, no podrá nunca renunciar a ser el lugar originario de la formación permanente integral de sus sacerdotes. Para ciertos aspectos, sin embargo, que exceden a las posibilidades particulares de cada diócesis, especialmente para los que tienen que ver con la actualización teológico-pastoral y con la revisión de los itinerarios pastorales, la exhortación estimula la actividad

por Regiones o Provincias Eclesiásticas. Experiencias de este tipo se han acreditado entre nosotros con buenos resultados; y será preciso que continuemos impulsándolas y apoyándolas.

— *de las Facultades, Institutos teológicos y Seminarios*

Es importante subrayar también, y así lo hace *Pastores dabo vobis*, la ayuda que aportan las Facultades, Institutos teológicos y pastorales, Seminarios e instituciones especializadas en formación sacerdotal. Nuestra experiencia así lo confirma. Todas las diócesis saben lo que deben, en los diferentes aspectos de la formación permanente, a cursos, jornadas, convivencias de estudio y de pastoral, organizadas por estas instituciones al servicio de los sacerdotes y de los planes y trabajos diocesanos. Lo mismo digamos respecto a la presencia y participación más esporádica de sus profesores y expertos en actividades organizadas por las diócesis o en los mismos arciprestazgos. Se trata de una experiencia hermosa de intercomunicación de recursos humanos, que ha apoyado y enriquecido la irrenunciable responsabilidad de cada obispo y de cada presbiterio diocesano.

— *de la Delegación Episcopal del Clero*

En la tarea de animación y organización (programas, contenidos, metodologías, procesos...) de la formación permanente integral en nuestras diócesis está siendo de especial importancia la Delegación Episcopal del Clero que, con diferentes estructuraciones según los casos, se constituye en una ayuda valiosísima para la tarea del obispo como responsable último de esta formación. Al servicio de los obispos y sus delegados desarrolla fundamentalmente su misión en estos años la Comisión Episcopal del Clero. Quiere ser instancia de apoyo, de encuentros, de intercambio y de estímulo a todos los aspectos relacionados con la formación permanente integral.

A la luz de la amplitud de objetivos que *Pastores dabo vobis* propone a la formación permanente, será preciso reestructurar nuestras Delegaciones Episcopales del Clero de modo que, desde una comunión de planteamientos y objetivos, no quede desatendida ni desequipada ninguna de las dimensiones de la maduración de la existencia sacerdotal, y puedan ofrecerse para cada una de ellas los cauces formativos necesarios.

CAPÍTULO IV: PARA MADURAR EN LA MISIÓN

Cuando *Pastores dabo vobis* presenta la Formación Permanente en el contexto de la misión de la Iglesia, lo hace como condición necesaria y medio indispensable para mantener vivo el sentido de la misión y garantizar su realización de manera fiel y generosa⁵⁷. El sacerdote está invitado a hacer frente permanentemente a una doble exigencia: su propia «obligación» de evangelizar y los requerimientos evangelizadores que plantean los mismos hombres. En la fidelidad al Evangelio y a los hombres irá madurando la tarea misionera de su vida y ministerio.

Es verdad que «la formación permanente es una exigencia intrínseca del don y del ministerio sacramental recibido». Lo hemos tratado ya comentando su relación con el misterio de la Iglesia. Su «necesidad permanente» viene urgida también por las circunstancias cambiantes de nuestro mundo, que reclaman una constante maduración y un permanente equipamiento para la misión. La formación permanente «es necesaria siempre, pero hoy es particularmente urgente, no sólo por los rápidos cambios de las condiciones sociales y culturales de los hombres y de los pueblos, en los que se desarrolla el ministerio presbiteral, sino también por la "nueva evangelización", que es la tarea esencial e improrrogable de la Iglesia en este final del segundo milenio»⁵⁸.

La llamada «cultura emergente» ha provocado, en efecto, una necesidad sentida de dar paso a una nueva etapa de evangelización, en la que los acentos misioneros o de pastoral evangelizadora primen sobre los acentos antes predominantes de una pastoral de mantenimiento o conservación, vinculada en buena parte a otro momento histórico social y cultural.

El servicio eclesial a la nueva fase de la evangelización lleva consigo el subrayado de determinadas funciones y exigencias de los presbíteros en razón de la necesaria acentuación misionera, que ha de modificar, en consecuencia, las prácticas pastorales actuales. Se ha abierto un nuevo horizonte de pastoral evangelizadora, desde el que se han madurado los últimos planes de la

Conferencia Episcopal Española, especialmente el del trienio 1994-1997. Late en ellos el convencimiento de que «la pastoral de evangelización no significa replegamiento de la Iglesia en posturas espiritualistas o desencarnadas. Busca la conversión del corazón, con ello la transformación de la vida personal y, a partir de ahí, el compromiso y el trabajo para la transformación de la vida real según las exigencias del Evangelio, con especial atención a las necesidades de los pobres y de los más débiles»⁵⁹.

De todas las exigencias que el momento actual de la evangelización plantea a los presbíteros y de las que ya hablábamos en *Sacerdotes para Evangelizar*, queremos destacar algunas, relacionándolas estrechamente con la formación permanente, entendida como una constante maduración en la misión y para la misión:

1. Capaces para la empatía y el discernimiento ante la sociedad actual

La situación de nuestra sociedad, al condicionar el modo concreto del ejercicio del ministerio y los acentos en la formación, se convierte en un reto para nosotros. Se nos pide un conocimiento empático de la sociedad en la que vivimos y a la que pertenecemos, y un convencimiento firme de la necesidad de impulsar en nuestras comunidades cristianas el compromiso transformador. Necesitamos analizar la sociedad con el instrumental que nos ofrecen las ciencias humanas y con un discernimiento hecho desde la fe. Necesitamos tener conciencia viva de formar parte de esta sociedad, aunque nos sintamos incómodos en ella por sus aspectos inhumanos. Necesitamos impulsar cálidamente en nuestras comunidades el compromiso transformador, desde la conciencia de estar ante una sociedad injusta, productora de pobreza, marginación y exclusión social.

Un cúmulo de necesidades nuevas, vividas por muchos sacerdotes con una sensación de impotencia, de perplejidad, de inseguridad, de inhibición o de agresividad, de acomodación permisiva y conformista, de desvalimiento. Se caen esquemas del pasado y se perciben dramáticamente los problemas de lenguaje y de métodos evangelizadores más adaptados para el hombre de hoy.

La formación inicial y permanente debe ayudarnos al conocimiento e interpretación de esta compleja situación social⁶⁰. «Es importante el conocimiento de la situación. No basta una simple descripción de datos; hace falta una investigación científica con la que se pueda delinear un cuadro exacto de las circunstancias socio-culturales y eclesiales concretas.

Pero es aún más importante la interpretación de la situación [...] No siempre es fácil una lectura interpretativa [...] Para el creyente se trata de un discernimiento evangélico: interpretación a la luz y con la fuerza del Evangelio, del Evangelio vivo y personal que es Jesucristo, y con el don del Espíritu Santo»⁶¹.

La capacitación para el discernimiento necesita apoyos: información de lo que sucede y por qué sucede; descubrimiento de los nuevos paradigmas culturales; reflexión filosófica, antropológica y de las ciencias humanas; reflexiones teológicas sobre la situación...

La maduración para el acompañamiento en medio de esta sociedad, exige a los sacerdotes una espiritualidad teologal, fundada en la viva conciencia de que la historia es «historia de la salvación». Actitudes de diálogo y de servicio y un testimonio coherente vivo son el mejor aval de la propuesta cristiana en una sociedad plural.

2. Oyentes, servidores y anunciadores de la Palabra, para autentificar la fe de los bautizados

La Iglesia en España se halla ampliamente inmersa en la situación específica que Juan Pablo II denomina «nueva evangelización». Se trata de «una situación intermedia, especialmente en los países de antigua cristiandad [...] donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia, llevando una vida alejada de Cristo y de su Evangelio. En este caso es necesaria una "nueva evangelización", una "reevangelización"»⁶².

Se dan diversas tipologías en los bautizados, pero muchas de ellas tienen su origen común en una fe insuficientemente personalizada, la historia personal y familiar y la misma experiencia eclesial vivida ha resultado en ocasiones contraproducente. El lenguaje religioso de los misterios cristianos les suena a algo sabido, aunque en realidad está mal comprendido e interpretado. Es el contexto para el que el último plan trienal de la Conferencia Episcopal propone «la revisión de nuestras actividades pastorales ordinarias que, a pesar de los muchos esfuerzos realizados, no consiguen suscitar el vigor religioso y cristiano que las nuevas generaciones necesitan para expresar, practicar y mantener su fe, en medio de las presiones ambientales a las que son sometidas»⁶³.

No creemos exagerar si afirmamos que la mayoría de los sacerdotes experimentan en estos momentos de manera intensa las dificultades y los retos que esta situación plantea: la evangelización de bautizados que no se creen necesitados de evangelización, pero que, no obstante, «exigen» servicios sacramentales. Hay un gran contraste entre los postulados de la teología y las situaciones prácticas. El sacerdote se siente muchas veces desalentado. Está tentado de desconfianza en su labor ministerial. Se debate, a veces, entre un rigorismo intransigente, que le hiere, sin embargo, en su sensibilidad de pastor, y un laxismo tolerante, que le deja preocupado en su condición de garante de la verdad de la Palabra que transmite y de los sacramentos que administra.

Es éste probablemente uno de los aspectos más difíciles de la nueva evangelización en nuestros países tradicionalmente cristianos. Muchas de sus gentes están sacudidas intensamente por la secularización y la increencia, pero, al mismo tiempo, se sienten como necesitadas de la legitimación religiosa de ciertos momentos importantes de la vida personal, familiar y social. Algunas manifestaciones de religiosidad popular más folclóricas y culturales que religiosas, así como el auge de la motivación sociológica en la recepción de algunos sacramentos se convierten, con frecuencia, en fuente de sufrimiento y de conflictos interiores y exteriores en muchos sacerdotes.

La formación permanente nos debe ayudar a madurar una pedagogía pastoral que, por un lado, no quiebre la caña cascada ni apague el pábilo vacilante, pero que, por otro, oriente con decisión hacia una personalización y compromiso de fe. Esto exige a la formación permanente ofrecer los cauces necesarios para que el sacerdote pueda asumir esa situación sin caer en ningún tipo de esquizofrenia pastoral. En esta perspectiva debe ayudar también a brindar respuestas necesariamente diferentes según la diversidad de niveles y grupos, a establecer prioridades e iniciar procesos a largo plazo.

En todo caso, los sacerdotes nos sabemos servidores de la Palabra para los de dentro y los de fuera de la comunidad, en una pluralidad de circunstancias y situaciones. Este servicio nos pide, ante todo, mejorar nuestra capacidad de escucha orante de esa misma Palabra, para revivir nuestra experiencia creyente, acompañados por el Dios que quiere salvar también a esta generación por medio de los servidores de la Palabra.

La formación permanente deberá ayudarnos a hacer resonar la Buena Noticia de la Palabra de Dios en nosotros mismos, sacerdotes para evangelizar. Estamos llamados a redescubrir en las circunstancias actuales la fuerza del Evangelio⁶⁴. Sin la vivencia de este redescubrimiento se puede resquebrajar, incluso humanamente, la existencia sacerdotal. Nada hay, en efecto, más frustrante que un sentimiento, consciente o inconsciente, de inautenticidad en el propio ser y la propia misión.

Estimulados por una confianza vivida en la fuerza del Evangelio, la caridad pastoral nos pide ser «dispensadores fieles» de la Palabra de Dios que se nos ha confiado. Esta fidelidad nos exige:

- Ser discípulos fieles de la Palabra de Dios, desarrollando en la escucha meditativa nuestra condición de oyentes de la Palabra. Sólo así podremos vencer la tentación del funcionariado, amenaza constante en un ejercicio ministerial no motivado.
- Ponernos a nosotros mismos y poner a nuestras comunidades en contacto vital con las raíces apostólicas. Necesitamos para ello el nada fácil equilibrio entre Palabra y actualización, entre tradición y presente.
- El estudio serio y actualizado de la Sagrada Escritura y de la teología encuentra en esta exigencia su motivación más precisa. Cuando descuidamos nuestra actualización teológica se

resiente la calidad de nuestro servicio pastoral, se debilita la comprensión de la fe, pueden incluso asomar las sombras de la duda y nuestra misión de maestros y guías de la fe de la comunidad cae en la rutina y se empobrece, llegando, en ocasiones, a ser completamente abandonada. Con toda razón *Pastores dabo vobis* presenta en este sentido la formación permanente integral como «un acto de amor al pueblo de Dios a cuyo servicio está el sacerdote»⁶⁵.

- La Palabra de Dios no es la única interlocutora en su acercamiento al hombre. En el diálogo salvador hay una parte que procede del hombre que responde en la fe. Para ser mediadores válidos de este diálogo, «la misma caridad pastoral nos empuja a preocuparnos cada día más de las esperanzas, necesidades, problemas y sensibilidad de los destinatarios de nuestro ministerio, quienes se encuentran siempre en situaciones personales, familiares y sociales concretas»⁶⁶. A la permanente actualización bíblica y teológica, a la necesaria seriedad en la utilización de métodos hermenéuticos para la interpretación bíblica y teológica, a una «lectio divina» que se convierta en alma y fuente de espiritualidad, hemos de añadir, por tanto, el desarrollo de la sensibilidad pastoral, que no regatea esfuerzos para conocer e interpretar la situación personal, cultural y social de los destinatarios. Respuestas a preguntas que nadie se hace, o en un lenguaje que nadie entiende, no son siempre signo de la trascendencia de la Palabra que dispensamos; manifiestan, a veces, una rutina perezosa, imputable a una irresponsabilidad pastoral grave. Si falta esta responsable actitud en el servicio pastoral, nos resultará difícil «superar la tentación de situar el ministerio en un activismo buscado como fin en sí mismo, en una prestación impersonal de servicios, aunque sean espirituales y sagrados, o de reducirlo a una especie de funcionariado al servicio de la organización eclesial. Sólo la formación permanente ayuda al sacerdote a custodiar con amor vigilante el "misterio" de que es portador para bien de la Iglesia y de la humanidad»⁶⁷.

3. Promotores de la comunión eclesial, para configurar comunidades maduras

Juan Pablo II repite con frecuencia un texto de *Christifideles laici*: «La nueva evangelización [...] necesita nuevos testigos, es decir, personas que hayan experimentado la transformación real de su vida en contacto con Jesucristo y que sean capaces de transmitir esa experiencia a otros. Y necesita también nuevas comunidades en las cuales la fe consiga liberar y realizar todo su originario significado de adhesión a la persona de Cristo y a su Evangelio, de encuentro y comunión sacramental con Él, de "existencia vivida en la caridad y en el servicio"»⁶⁸.

La dimensión comunitaria eclesial está creciendo entre nosotros en forma de grupos de fe y de vida, grupos de referencia, pequeñas comunidades, movimientos apostólicos y asociaciones. Muchas parroquias se perciben a sí mismas en su núcleo central como una comunión de comunidades. Poco a poco, el Evangelio y el Espíritu reblandecen nuestra rigidez rutinaria y legalista y favorecen la manifestación de comunidades evangélicas y evangelizadoras.

El reconocimiento de este hecho, que tanto gozo proporciona en la experiencia pastoral, no puede ocultar, sin embargo, la dificultad de generar comunidades maduras, como las denominan los últimos planes pastorales de la Conferencia Episcopal. Comunidades que signifiquen crecimiento de los compromisos de justicia, caridad y servicio; que sean expresión de corresponsabilidad cristiana y de la ministerialidad en la Iglesia; que, desde la conciencia de la propia insuficiencia, estén afectiva y efectivamente abiertas a la comunión en la Iglesia diocesana y universal.

Nuestro ministerio sacerdotal ejerce una tarea específica y primordial cuando, en cada comunidad, grupo, movimiento o asociación, se convierte en garante de apertura y en estímulo de complementariedad para la comunión en la única misión. El ministerio sacerdotal llama y convoca desde la Iglesia misma y no desde ninguna de sus legítimas, aunque parciales, expresiones. Y el presbítero es, a su vez, llamado y convocado primordialmente por la Iglesia misma y no por ninguna comunidad, grupo, movimiento o asociación, en los que el sacerdote sirve y garantiza la comunión eclesial.

El ministerio de comunión recibido supone para el sacerdote una llamada a actualizar vitalmente su propia identidad: todo su ser y actuar están referidos a la comunidad. Ninguno de nosotros somos

sacerdotes para nosotros mismos; lo somos para el Pueblo de Dios. La razón de ser del sacerdocio ministerial es el sacerdocio común de los fieles que el presbítero debe estimular, promover y concretar: «por el sacerdocio ministerial los presbíteros reciben de Cristo, en el Espíritu, un don particular, para que puedan ayudar al pueblo de Dios a ejercitar con fidelidad y plenitud el sacerdocio común que les ha sido conferido»⁶⁹.

Profundizar en el conocimiento del sacerdocio cristiano, mantener viva y actual la propia identidad en referencia a la comunión de todo el Pueblo de Dios, es de especial importancia para la salud integral del presbítero. La formación permanente integral debe estimular vitalmente la clarificación de esta identidad presbiteral desde la comunión. Si consiguiera esto, la formación permanente ayudaría a reforzar y a madurar importantes aspectos de la vida del sacerdote:

- Situándonos mejor en el contexto de la vida de la comunidad, podremos encontrar un mayor equilibrio humano. El sacerdote, hombre de la comunión, debe ser también hombre del diálogo. Sabemos que promovemos la comunión desde la realidad plural de ministerios, carismas y servicios con que el Espíritu enriquece a su Iglesia y no desde nuestras personales preferencias o voluntarias adscripciones. No imponemos caminos. Desbrozamos terrenos, iluminamos horizontes, acompañamos procesos desde un diálogo respetuoso y acogedor de la acción del Espíritu, que es siempre sorpresiva y estimulante.
- Pastoralmente sentimos que queda reforzada la dimensión «referencial de nuestra identidad en un progresivo «hacernos todo para todos», siendo radicalmente «para los demás». Espiritualmente se nos invita a desarrollar con más espontaneidad las dimensiones de expropiación, como estilo de nuestra vida en el Espíritu.
- La clarificación vital de nuestra propia identidad desde la comunión nos debe llevar al reconocimiento gozoso de los demás carismas y servicios en la comunidad a la que servimos. Suscitarlos, promoverlos, discernirlos y armonizarlos es tarea específica de nuestro ministerio. Las actitudes acaparadoras derivan en un clericalismo malsano y empobrecedor. La identificación personal, e incluso institucional, del sacerdote con uno solo de esos carismas o servicios corre el peligro de descuidar el resto, de no percibir la posible ausencia de otros necesarios para llevar hacia adelante la misión global de la Iglesia, o de hacer de la comunión eclesial, esencialmente abierta a todos, una comunión cerrada en un grupo o tendencia particular. Hacer de cada sacerdote un hombre apasionado por la comunión y abierto a un diálogo que acerque y aúne en el compromiso por la causa común del Reino es tarea irrenunciable de toda formación permanente integral.

La comunión que el sacerdote promueve y de la que es garante en su comunidad está radicada en la misma comunión trinitaria y a ella está orientada: «La formación permanente ayuda al sacerdote a madurar la conciencia de que su ministerio está radicalmente orientado a congregar la familia de Dios como fraternidad animada por la caridad y a llevarla al Padre, por medio de Cristo, en el Espíritu Santo»⁷⁰. El arraigo en la comunión trinitaria será una de las dimensiones que la formación permanente hará madurar en la espiritualidad del sacerdote. Es la «divina fonte» de la comunión vivida en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Mantener viva la referencia trinitaria, como origen, meta y forma de la comunión eclesial, previene contra la pretensión de crear comunidades huérfanas, que intenten vivir la fraternidad sin la filiación respecto al Padre, en el Hijo por el Espíritu.

Promovemos y garantizamos la comunión de nuestra Iglesia particular y de la Iglesia universal no aisladamente; lo hacemos como presbiterio sacramentalmente unido. Se deriva de ahí la necesidad de un crecimiento continuo en y desde el acompañamiento de los hermanos sacerdotes. Nuestra no es una maduración solitaria; es una maduración solidaria. *Pastores dabo vobis* insiste en que el sacerdote está llamado a crecer en su presbiterio y con su presbiterio unido al obispo, y a realizar desde ahí un ministerio solidario, como verdadera familia y fraternidad, acogiendo también en la comunión a todos los hermanos que los precedieron y el ministerio que realizaron⁷¹. En este sentido, una actualización teológico-pastoral de la eclesiología y de la teología del ministerio es necesaria no sólo para poner al día el acervo de conocimientos académicos; lo es, sobre todo, para tener un nuevo marco referencial desde el que poder vivir el «misterio y el ministerio» sacerdotal. Así seremos arrancados de una «soledad existencial» tan frustrante como dolorosa: aquella que concibe

al sacerdote al margen de la comunión y lo forja para aguantar en solitario una tarea que supera las fuerzas de sus solos hombros.

Lo mismo que la unidad suplicada por Jesús al Padre⁷², la comunión que el sacerdote promueve y garantiza tiene una dimensión misionera: «para que el mundo crea». La comunión no es un simple postulado estratégico para la misión. Es condición, impulso y credibilidad para ella. Para describir la identidad de la comunidad enviada, los Hechos de los Apóstoles, en contexto de misión, recogen la «perseverancia en la comunión» y la credibilidad que de ella se deriva para el anuncio: «mirad cómo se aman»⁷³. Nada más contrario al mandato misionero recibido por la comunidad que hacer de su comunión un reitamiento cerrado, para vivir al calor de la relación amistosa en medio de un mundo hostil. «No te pido que los saques del mundo, sino que los defiendas del maligno»⁷⁴. En medio del mundo, por tanto, como signo anticipador, provocador y realizador de la comunión de todos los hombres con Dios y de todos los hombres entre sí.

Esta «extroversión» o «descentramiento» de su propia comunidad hacia el mundo exige en el sacerdote un determinado talante, que la formación permanente debe ayudar a madurar progresivamente. Así lo describe *Pastores dabo vobis*: «Precisamente porque dentro de la Iglesia es el hombre de la comunión, el presbítero debe ser, en su relación con todos los hombres, el hombre de la misión y del diálogo. Enraizado profundamente en la verdad y en la caridad de Cristo, y animado por el deseo y el mandato de anunciar a todos los hombres la salvación, está llamado a establecer con todos los hombres relaciones de fraternidad, de servicio, de búsqueda común de la verdad, de promoción de la justicia y de la paz»⁷⁵.

Será, por tanto, tarea de la formación permanente integral hacer de nosotros hombres de mente y corazón abiertos, capaces de establecer el diálogo salvador con todos, sin prejuicios ni preconcepciones que redujeran el ámbito de los destinatarios, desde la humildad confiada en la verdad del Evangelio que es capaz de salvar a todo el que lo acoge.

4. Promotores de la fuerza evangelizadora de la acción litúrgica

En varios momentos de esta comunicación hemos aludido ya a las celebraciones litúrgicas y al papel específico del sacerdote en ellas. En la práctica actual de nuestras Iglesias, la imagen significativa del cristianismo y, en buena parte, las posibilidades efectivas de evangelización, dependen mucho de estas celebraciones.

Es cierto que la liturgia es el culmen de la vida cristiana, que hacia ella tiende toda la actividad pastoral y que, por eso, exige una evangelización previa: «antes de que los hombres puedan acceder a la liturgia, es necesario que sean llamados a la fe y a la conversión»⁷⁶. Pero, en realidad, en nuestras celebraciones litúrgicas están presentes bautizados de fe muy dispar, muchas veces de fe débil, de práctica alejada e, incluso, personas que en ningún momento han sido evangelizadas. En la presente situación es, por tanto, indispensable referirse a este tema en la llamada a la nueva evangelización.

Comentábamos ya antes la situación dolorosa que produce en muchos sacerdotes una «sacramentalización sociológica», que no va acompañada de procesos de desarrollo de la fe y de la conversión. Frente a esta situación, desde hace años se viene realizando entre nosotros un trabajo importante de discernimiento, de atenciones personales y de nuevas normativas pastorales. Es una tarea que incorpora a sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares. Sentimos, sin embargo, todavía una fuerte insatisfacción. Percibimos, incluso, una excesiva dispersión de fuerzas e incluso un antagonismo de posturas entre los mismos sacerdotes, entre parroquias, incluso cercanas, y entre éstas y centros religiosos. Se siente con urgencia la necesidad de un mismo enfoque evangelizador en las distintas plataformas pastorales convergentes. La falta de comunión de criterios en este campo crea confusiones, corre el riesgo de inducir experiencias de Iglesia muy contrapuestas, y resta fuerza evangelizadora a toda la acción litúrgica. Y lo que es más grave: puede llegar a oscurecer en la práctica la gran aportación de gratuidad y misterio que, a través de la acción sacramental, podría implantar un germen de trascendencia esperanzada y gratificadora en medio de nuestro mundo secularizado y utilitarista.

Es preciso, en efecto, que en el servicio a la transmisión de la vida en el Espíritu que realizamos en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía y en la Penitencia, descubramos y ayudemos a descubrir a nuestras comunidades una valiosísima aportación evangelizadora. Pero, sin una permanente actualización de lo que la vida sacramental significa en la vida de la Iglesia y para el mundo, este servicio pastoral es el más amenazado por la rutina y la banalización. Se requiere una seria renovación de nuestra teología sacramental, una actualización de los contenidos y metodologías de la predicación, una multiplicación de ofertas adecuadas y estimulantes que llamen e impliquen gozosamente en la preparación pre-sacramental. Y se requiere, sobre todo, una implicación personal por nuestra parte. Cuando el sacerdote no participa interiormente en actitud orante del misterio que celebra, pierde las «evidencias» en las que lo introduce el misterio. ¿Qué talante personal, qué actitudes pastorales y qué respuestas le llegan al sacerdote desde este servicio pastoral? ¿Qué iniciación y vivencia del misterio nos exige? ¿Qué capacidad personal de estima de los signos nos reclama?

Con más claridad que en ninguna otra acción pastoral percibimos en este servicio tan directo a la vida de la gracia que somos instrumentos en manos del único «que da el incremento». Pero, también en la acción sacramental podemos ser obstáculo en lugar de puente. Para que así no sea, la caridad pastoral se convierte para el sacerdote en exigencia de una celebración sacramental no simplemente digna, sino expresiva de su propia implicación personal, agradecida y comprometida con lo que celebra. Las fuerzas que arraigan a la rutina son fuertes. Arraigan no sólo en los que «utilizan» los sacramentos, también amenazan a los que los «celebran». Por ello, ha de ser mayor el esfuerzo de una vigilancia y actualización continuadas.

Si a esta situación intraeclesial añadimos la falta de sensibilidad cultural respecto de lo sagrado y misterioso, de los signos y de los símbolos, y la crítica de inutilidad a todo lo que no se mueve en el campo de la eficacia material e inmediata, percibimos con más intensidad la urgencia de una permanente puesta al día de este imprescindible servicio pastoral para la nueva evangelización.

5. Inclínados hacia los pobres desde una mejor comprensión del Evangelio

Desde el Concilio Vaticano II y, muy especialmente, desde el Sínodo de los Obispos del año 1971 sobre justicia y evangelización, ha penetrado en el lenguaje y en la praxis eclesial una mayor preocupación por los problemas de la justicia y una postura manifiesta en favor de la opción preferencial por los pobres⁷⁷.

Desde la lectura del Evangelio, contrastada con las situaciones de pobreza, marginación y exclusión social de tantas personas, lejanas o cercanas, se ha ido forjando la conciencia de la Iglesia, traducida en la doctrina social. La Iglesia sabe, en efecto, que tiene una palabra que decir sobre estas cuestiones y que «al hacerlo cumple con su misión evangelizadora [...] Su objetivo principal es interpretar esas realidades (sociales), examinando su conformidad o disconformidad con lo que el Evangelio enseña acerca del hombre y de su vocación terrena y trascendente a la vez, para orientar en consecuencia la conducta cristiana»⁷⁸.

Es también una gracia del Señor que vaya creciendo entre nosotros la conciencia de que «la enseñanza y la difusión de la doctrina social de la Iglesia forma parte de su misión evangelizadora»⁷⁹, y que tal doctrina ha de orientar la conducta de las personas y el compromiso por la justicia de nuestras comunidades. La afirmación del Sínodo de los Obispos del año 1971: «la promoción de la justicia es parte constitutiva de la evangelización», se ha ido repitiendo en el magisterio pontificio y episcopal, creando una clara conciencia de que no hay evangelización completa si no incluye esta dimensión irrenunciable, tanto a nivel de la doctrina como de la práctica de las comunidades y de los creyentes.

No considerar el mensaje social del Evangelio como una teoría, sino como fundamento y estímulo de la acción, ha llevado a Juan Pablo II a decir que «el mensaje social se hará más creíble por el testimonio de las obras antes que por su coherencia y lógica internas»⁸⁰. Por eso, los obispos españoles, recogiendo la enseñanza de Juan Pablo II, hemos advertido recientemente que nueva evangelización «no significa replegamiento de la Iglesia en posturas espiritualistas o desencarnadas, sino que busca la conversión del corazón y con ello la transformación de la vida personal y, a través

de ella, el compromiso y el trabajo para la transformación de la vida real según las exigencias del Evangelio, con especial atención de los más pobres y de los más débiles»⁸¹. Nos hacemos eco del magisterio de Juan Pablo II concretado para nosotros en su viaje apostólico de 1993⁸².

Todos percibimos, sin embargo, que, a pesar de los esfuerzos realizados por personas e instituciones y de los resultados logrados, nuestra pastoral se encuentra aún en este aspecto frente a un serio desafío, si quiere ser realmente evangelizadora. Nos atrevemos a advertir del peligro que tenemos de instalarnos en una especie de desequilibrio pastoral, cuando a la promoción de la justicia no le dedicamos una atención proporcionada a la que prestamos a la celebración y a la transmisión de la fe. En muchos fieles, e incluso en algunos sacerdotes, se dan todavía actitudes y comportamientos de resistencia frente a esta dimensión irrenunciable de la evangelización, considerándola extraña a la misión de la Iglesia o, incluso, una desviación temporalista.

La formación permanente está llamada a proporcionarnos a los sacerdotes un conocimiento serio de esta realidad, así como el equipamiento necesario para un discernimiento evangélico de la misma⁸³. Pero, además, requiere de nosotros el testimonio de una vida pobre, sencilla y austera, consecuencia de una opción preferencial por los pobres, hecha desde el seguimiento de Jesús. Una opción de «estar al lado de los más débiles, para hacernos solidarios con sus esfuerzos por una sociedad más justa; para ser más sensibles y más capaces de comprender y discernir los fenómenos relativos a los aspectos económicos y sociales de la vida; para promover la opción preferencial por los pobres que, sin excluir a nadie del anuncio de la salvación, nos hace inclinarnos hacia los más pequeños, los pecadores, los marginados de cualquier clase, según el modelo ofrecido por Jesús en su ministerio profético y sacerdotal»⁸⁴.

Nos empuja a ello la caridad pastoral. Desde ella, debemos expresar con sencillez y claridad este compromiso, que haga el ejercicio de nuestro ministerio actual, creíble y eficaz. Conociendo la realidad de los hombres a quienes somos enviados; discerniendo la voz del Espíritu en las circunstancias históricas; buscando los métodos y las formas más útiles para ejercer hoy el ministerio. Tras describir así esta ingente tarea, *Pastores dabo vobis* concluye: «pero esto exige una formación pastoral permanente»⁸⁵.

En una sociedad injustamente «dualizada», discriminadora entre un tercio de pobres perdedores y dos tercios de ganadores, más o menos ricos, el Evangelio marca a la Iglesia junto a quiénes tiene que situarse, por quién tiene que optar preferentemente. Como pastores, estamos llamados a inclinarnos y a inclinar a la comunidad hacia los márgenes de la sociedad. Necesitamos una pastoral social que no se quede sólo en palabras; es preciso hablar el lenguaje de los signos y de los gestos, que tiene más fuerza de convicción. No nos puede faltar el sello evangélico de un anuncio del Reino de Dios vinculado a la causa de los pobres.

El análisis serio del fenómeno de la pobreza y de sus causas socio-político-económicas; su discernimiento desde las exigencias sociales de la fe; el desarrollo interior de una actitud esperanzada frente a una actitud acrítica y conformista; la promoción de una acción caritativa y social de calado transformador; la promoción de los cauces pastorales necesarios para una cercanía con los sectores más necesitados de la sociedad..., son algunas de las demandas que a la formación permanente le plantea nuestra propia caridad pastoral. Necesitamos un conocimiento teórico-práctico más profundo y actualizado de la Doctrina Social de la Iglesia y de la moral social. Quizás sea éste uno de los campos de nuestra formación donde más inseguridad mostramos y donde más titubeamos a la hora de formar las conciencias.

Sólo un compromiso serio de formación permanente en todas estas dimensiones podrá equiparnos para dar la respuesta que los más pobres y necesitados de nuestras comunidades tienen derecho a esperar de nosotros. Hacernos nosotros voluntariamente pobres es, además, intuir el «significado profético de la pobreza sacerdotal, particularmente urgente en las sociedades opulentas y consumistas. El sacerdote verdaderamente pobre es, en efecto, un signo concreto de la separación, de la renuncia y de la no sumisión a la tiranía del mundo contemporáneo, que pone toda su confianza en el dinero y en la seguridad material»⁸⁶.

6. Animadores de la «salida» misionera de la comunidad

Las insistentes llamadas del Papa, de los obispos y de las mismas comunidades cristianas a una nueva evangelización estimulan con fuerza la dimensión misionera de la Iglesia y de su pastoral. La estimulan a lanzarse a la misión intensiva y a la misión extensiva. Es decir, inducen en los creyentes una actitud nueva respecto a la calidad de la evangelización y de la conversión y fe que suscita, así como la apertura disponible para un envío «ad gentes» y a los alejados.

Pablo VI describió con precisión y fuerza el ahondamiento intensivo de la evangelización en *Evangelii nuntiandi*. Una descripción que se ha hecho clásica. Juan Pablo II nos la recordó en su homilía en Huelva, y, desde ese contexto, ha sido recogida por el Plan Trienal de la Conferencia Episcopal para 1994-1997: la evangelización no debe limitarse al anuncio del mensaje, sino que pretende «alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que estén en contraste con la Palabra de Dios y con su designio de salvación»⁸⁷.

Esta «universalidad intensiva» o llamada a la transformación integral del hombre y de la sociedad en la que vive, sitúa los objetivos de la pastoral evangelizadora y misionera lejos del nivel de lo decorativo o superficial⁸⁸. En este nivel se instala a veces, nuestra tarea cotidiana, amenazada, por tanto, de rutina y desencanto. Pablo VI sitúa los objetivos de una pastoral misionera en el nivel de la transformación desde dentro, de la conversión de la conciencia personal y colectiva, de la vida y de los ambientes, de la cultura y de las culturas⁸⁹. De una manera sencilla, solemos describir esta nueva situación afirmando que es necesario pasar de una pastoral de conservación a una pastoral de misión.

En este contexto, para *Pastores dabo vobis* «la formación permanente del sacerdote no es sólo condición necesaria, sino medio indispensable para centrar constantemente el sentido de la misión y garantizar su realización fiel y generosa»⁹⁰. La exhortación apostólica quiere que reavivemos este sentido de la misión y nos recuerda que la formación permanente nos debe ayudar a descubrir la gravedad y maravilla de nuestra obligación de promoverla, y a estar atentos a las exigencias, explícitas e implícitas, que surgen con fuerza de los hombres, destinatarios de la llamada salvadora de Dios⁹¹.

Estas exigencias del hombre de hoy son las que han impulsado también la reflexión de la Iglesia sobre los medios y métodos evangelizadores. El Evangelio no cambia. Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre. Pero «las condiciones de la sociedad nos obligan a revisar métodos, a buscar por todos los medios el modo de llevar al hombre moderno el mensaje cristiano [...] Para dar una respuesta válida a las exigencias del Concilio que nos acucian, necesitamos absolutamente ponernos en contacto con el patrimonio de fe que la Iglesia tiene el deber de preservar en toda su pureza, y, a la vez, el deber de presentarlo a los hombres de nuestro tiempo, con todos los medios a nuestro alcance, de una manera comprensible y persuasiva»⁹².

No creemos equivocarnos si decimos que descubrimos aquí uno de los retos fundamentales de nuestra formación permanente. Juan Pablo II asigna a esta formación la tarea de mantener la fidelidad para la misión⁹³. Aquella fidelidad madura y responsable que, conservada como talante vital aun en medio de las dificultades, nos orienta creativamente en la transmisión del Evangelio a los hombres de nuestro tiempo: «En el mensaje que anuncia la Iglesia hay ciertamente muchos elementos secundarios, cuya presentación depende en gran parte de los cambios de circunstancias. Tales elementos cambian también. Pero hay también un contenido esencial, una sustancia viva, que no se puede cambiar ni pasar por alto sin desnaturalizar gravemente la evangelización misma»⁹⁴.

Es, pues, natural que tengamos el problema de cómo evangelizar. Tendremos que ir progresivamente clarificando lo que en cada momento y circunstancia significa la trilogía del «nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas formas de expresión» que con tanta frecuencia repite Juan Pablo II para subrayar la novedad de la evangelización en nuestro momento presente. Mucho tiene que ver con esas circunstancias cambiantes, que son siempre un signo de los tiempos, y a cuyo discernimiento evangélico estamos urgentemente llamados. Pablo VI lo había formulado ya con precisión: «el problema de cómo evangelizar es siempre actual, porque las maneras de evangelizar

cambian según las diversas circunstancias de tiempo, lugar y cultura; por eso plantean un desafío a nuestra capacidad de descubrir y adaptar»⁹⁵.

No es de extrañar, pues, que en el contexto de la nueva evangelización, también nuestra vida y ministerio hayan de actualizarse desde la fidelidad creadora, que tiene en cuenta la necesaria actualización al servicio de la misión. Nos lo recuerda en su mismo inicio *Pastores dabo vobis*: «El Sínodo ha estudiado el tema de los sacerdotes en su contexto actual, situándolo en el hoy de la sociedad y de la Iglesia y abriéndolo a las perspectivas del tercer milenio [...] Hay una fisonomía del sacerdote que no cambia [...] Jesucristo reflejó en sí mismo el rostro definitivo del presbítero, realizando un sacerdocio ministerial del que los apóstoles fueron los primeros investidos y que está destinado a perdurar y continuarse incesantemente en todos los períodos de la historia [...] Pero, ciertamente, la vida y ministerio del sacerdote deben también adaptarse a cada época y a cada ambiente de vida [...] Debemos procurar abrirnos, en la medida de lo posible, a la iluminación superior del Espíritu, para descubrir las circunstancias de la sociedad moderna, reconocer las necesidades espirituales más profundas, determinar las tareas concretas más importantes, los métodos pastorales que habrá que adoptar, y así responder de manera más adecuada a las esperanzas humanas»⁹⁶. Se trata, en definitiva, de entendernos y formarnos a nosotros mismos como pastores, en el contexto y al servicio de una acción pastoral de la Iglesia, orientada toda ella hacia la evangelización.

Se nos pide, pues, «un esfuerzo de reflexión y revisión, la modificación de muchos procedimientos y actitudes habituales entre nosotros, la vivificación del espíritu religioso y misionero de nuestras Iglesias y de nuestras actividades pastorales ordinarias más importantes [...] En efecto, no todas las actividades pastorales, aunque sean necesarias, pueden llamarse igualmente evangelizadoras [...] Hemos de hacer una revisión de muchas de nuestras actividades pastorales ordinarias [...] Tendríamos también que examinar y valorar los diferentes procedimientos que han ido apareciendo en la Iglesia durante los últimos años»⁹⁷.

Pero la misión tiene también una dimensión extensiva: la que abre a la esencial comunión de todas las Iglesias particulares y corresponsabiliza a cada una de ellas en la misión universal que tiene al mundo entero como destinatario, según el mandato de Jesús: «id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la creación»⁹⁸. La formación permanente ha de suscitar y mantener este dinamismo misionero universal de la misión, recibida en la ordenación y destinada «hasta los confines de la tierra»⁹⁹. Dinamismo misionero de los sacerdotes y dinamismo misionero contagiado a la comunidad a la que servimos¹⁰⁰. «Todos los sacerdotes deben tener corazón y mentalidad de misioneros, deben estar abiertos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, atentos a los más lejanos y, sobre todo, a los grupos no cristianos del propio ambiente. Que en la oración y, particularmente, en el sacrificio eucarístico, sientan la solicitud de toda la Iglesia por la humanidad entera»¹⁰¹.

Esta dimensión misionera hacia los que todavía no han sido evangelizados debe completarse con otra dimensión análogamente misionera hacia los alejados de nuestra sociedad, hacia aquellos que ya no son creyentes o lo son muy débilmente.

A las actitudes humanas de apertura, diálogo y disponibilidad hacia todos que exige este sentido amplio de misión, a las demandas espirituales y pastorales que plantea (predicación, acogida, relación con la propia comunidad, creatividad en formas y metodologías pastorales) habrá que añadir una buena iluminación teológica desde la soteriología, la misión de la Iglesia y la vida apostólica.

El momento de la misión requiere sacerdotes integralmente disponibles para la evangelización.

7. Acompañantes del crecimiento eclesial y del compromiso secular de los laicos

Una Iglesia verdadera incluye un laicado cristianamente adulto. Una Iglesia misionera y transformadora en nuestro mundo secular actúa ampliamente mediante un laicado activo. Sólo a través del laicado crecerá la acción transformadora de la Iglesia en el mundo temporal. «Una Iglesia evangelizadora debe contar con un laicado evangelizado y evangelizador» decíamos los obispos en el plan trienal 1990-1993.

En el nivel de teoría eclesiológica hemos dado pasos importantes, identificando el lugar del seglar en la Iglesia como bautizado, y en el mundo como Iglesia. El tiempo post-conciliar ha sido también testigo de la revitalización práctica de la vocación y de la misión del seglar, desde la conciencia de una secularidad que afecta a toda la Iglesia, peregrina en este mundo hacia su patria definitiva. Revitalización que se ha expresado en una renovada participación en los diferentes servicios y ministerios de nuestras comunidades cristianas en un número y calidad como quizás no habíamos conocido en ningún otro momento de la historia de nuestra Iglesia.

Junto a este renacer del laicado, el Sínodo de los Obispos de 1987 sobre los laicos identificó, sin embargo, dos tentaciones que han sido y continúan siendo una realidad también entre nosotros: a) la tentación de reservar un interés tan marcado por los servicios y tareas eclesiales que se llegue a una práctica dejación de las responsabilidades específicas en el mundo profesional, económico, cultural y político; y b) la de legitimar la indebida separación entre fe y vida, entre la acogida del Evangelio y la acción directa en las más diversas realidades temporales y terrenas¹⁰².

En este sentido, percibimos, en efecto, que existe una gran distancia entre la teoría eclesiológica y la práctica pastoral. Estamos convencidos que a nosotros, como pastores, nos corresponde hacer un esfuerzo «para que la espléndida teoría sobre el laicado expresada en el Concilio llegue a ser una auténtica praxis eclesial»¹⁰³.

En el contexto de la comunión eclesial, a la que ya nos hemos referido en esta comunicación, estamos llamados a descubrir, promover y acompañar la vocación específica del seglar. Lo debemos hacer desde la conciencia de que él es «corresponsable, junto con los ministros ordenados y con los religiosos y las religiosas, de la misión de la Iglesia»¹⁰⁴, y lo es aportando al ser y a la misión de la Iglesia lo que le es propio y peculiar: su «índole secular».

Los sacerdotes necesitamos acoger esta propia y peculiar vocación del seglar con sentido positivo de reconocimiento de su dignidad y de su significado salvador. Reconocer el mundo como ámbito y medio de la vocación cristiana de los fieles laicos y como destino específico y primario de su misión, y descubrir en su actuación en él una realidad teológica y eclesial. No acoger por nuestra parte la inestimable gracia de esta vocación seglar propia y específica podría denotar una grave reducción de nuestro sentido de la misión de la Iglesia y una alarmante pérdida del dinamismo misionero y evangelizador que debe caracterizar hoy nuestra tarea.

La desestima práctica de la vocación específica del seglar la solemos manifestar en la llamada preferente que hacemos a los seglares para que asuman casi en exclusiva tareas pastorales, aunque éstas sean necesarias y campo también de su acción corresponsable; en la acogida poco cálida que prestamos y prestan nuestras comunidades a cristianos laicos que han optado por seguir personal o asociadamente su vocación específica en el mundo del trabajo, de la cultura, de la economía o de la política; en nuestro débil entusiasmo por conocer, acoger y acompañar los movimientos apostólicos especializados y a sus militantes; en la escasez de estructuras de formación, acompañamiento e integración comunitaria para cristianos que intentan o deberían intentar vivir su vocación seglar específica a la intemperie.

Tomarnos en serio la nueva evangelización supone un compromiso serio de acompañar el nacimiento y desarrollo de vocaciones seglares adultas. La pregunta es, en efecto, «dónde y cómo nacen estos laicos milagrosos; quién se dedica a prepararlos y a ayudarles». Así se cuestiona el plan trienal de la Conferencia Episcopal Española 1994-1997; y se responde: «no hay duda de que en el pensamiento del Santo Padre y de la mejor doctrina pastoral, ésta tiene que ser la tarea que ocupe más tiempo y esfuerzo en la vida apostólica de los sacerdotes diocesanos y religiosos».

La formación permanente nos podrá prestar un apoyo importante mediante una actualizada teología del laicado en el contexto de la Iglesia misterio, comunión y misión. Puntos estimulantes de apoyo y de referencia serán la *Christifideles laici* y los documentos aplicativos de la Conferencia Episcopal Española y de la Comisión de Apostolado Seglar.

Por otra parte, el compromiso del sacerdote en la formación de laicos es un aliciente de primer orden para su propia formación personal. Una metodología en estos ciclos de formación que propicie la intervención y participación activa de los seglares implicados es una escuela de formación

permanente para el sacerdote acompañante y una ocasión propicia para valorar las opiniones de las demás personas y del «sensus fidei», así como para el diálogo y la corresponsabilidad práctica enraizada en una espiritualidad de comunión eclesial. Podremos ir adquiriendo un talante nuevo para resituarnos en una Iglesia más laical como ministros de la inquietud. Con perspicacia y experiencia del Espíritu. Con valor, coraje y libertad para, con una actitud crítica, ayudar a los carismas a purificarse y tener la capacidad de aglutinarlos en torno a la edificación de la Iglesia y de la sociedad.

Hemos apuntado sólo algunas exigencias que hoy nos plantea con más urgencia la misión. Hemos subrayado el impulso que están llamadas a imprimir a nuestra formación permanente integral. Estamos convencidos de que si logramos introducirnos generosamente en esta corriente misionera y evangelizadora, con un nuevo talante pastoral, maduraremos constantemente desde la misión y para la misión. Un objetivo irrenunciable de nuestra formación es sostener y apoyar permanentemente esta maduración misionera.

CAPÍTULO V: ÁREAS DE FORMACIÓN PERMANENTE Y SUGERENCIAS OPERATIVAS

El panorama que se nos abre despierta una serie de fuerzas dormidas, y hace renacer la ilusión de una maduración continua en el ministerio presbiteral, «para un ejercicio actualizado, integrador y plenificante de nuestra misión de pastores en la Iglesia y en el mundo»¹⁰⁵. Llegado este momento, queremos ofrecer algunas sugerencias operativas, referidas tanto a las actitudes personales de cada uno como a la oferta institucional que, en sus diferentes niveles, debe apoyar a cada sacerdote en la progresiva maduración de su vocación en el sacerdocio. La oferta institucional dependerá en cada diócesis de otros muchos factores. En todo caso, estamos convencidos de que estaría llamada al fracaso, si no encuentra en el corazón de cada sacerdote la acogida, el entusiasmo, la inquietud y el compromiso de quien es el primer responsable de su propia maduración personal y ministerial, de quien «trabaja sobre sí mismo»¹⁰⁶, mediante una «actividad unida al ejercicio del sacerdocio ministerial»¹⁰⁷.

Desde el comienzo de nuestra comunicación hemos insistido en una de las novedades de la propuesta de formación permanente de *Pastores dabó vobis*: se trata de una formación permanente integral, que debe atender operativamente a cuatro grandes dimensiones o áreas: humana, espiritual, intelectual y pastoral. A ellas hemos hecho constante referencia en las anteriores aproximaciones a la formación permanente. Aparte de recapitular y ordenar muchas de las indicaciones y sugerencias ya aparecidas, queremos ahora avanzar más por una línea operativa que debe quedar, sin embargo, muy abierta a la realidad variante de cada diócesis.

Tratar por separado cada una de las dimensiones puede entrañar un peligro: considerar como realidades separadas lo que no son sino aspectos de una realidad única e indivisible: la maduración armónica de la personalidad sacerdotal. Por eso, estas dimensiones tienen entre sí una relación vital en la unidad de cada persona. Están recíprocamente implicadas. Lo decíamos ya en la introducción: «cada una transita por las demás» y existe entre ellas una «recíproca transversalidad». *Pastores dabó vobis* habla de una «específica e íntima relación entre ellas, a partir y en referencia a la caridad pastoral»¹⁰⁸. Por tanto, el tratamiento separado de cada una de estas dimensiones es una cuestión de metodología. En ningún momento debemos perder la conciencia de la indisoluble unidad de las cuatro dimensiones en la misma persona. Este tratamiento separado sólo será útil si ayuda a realizar un proyecto personal y ministerial, unificado, maduro e integrado.

Para realizar ese proyecto, cada sacerdote debe recibir apoyos y ayudas de la Iglesia diocesana y del presbiterio en que se encuentra integrado. Estos apoyos instrumentales pueden proceder de distintos niveles comunitarios y eclesiales. Su conjunto constituye el servicio institucional de formación permanente. En cada área indicaremos diversas posibilidades de servicios de apoyo. Éstos deberán siempre aproximarse a las situaciones tipológicamente diferenciadas por edad, ministerio, cargo pastoral..., con la permanente intención de ayudar a la mejor personalización de la formación permanente¹⁰⁹.

1. Crecer como personas, para servir como pastores

Es significativo que *Pastores dabo vobis* inicie el tratamiento de las dimensiones de la formación permanente con la dimensión humana. De hecho, es el fundamento de las demás. Ni la espiritualidad, ni el desarrollo intelectual, ni la preparación pastoral podrían arraigar con verdad en la persona del sacerdote sin una maduración que haga de ella un sujeto capaz de responder activa y positivamente a los estímulos que tienden a desarrollar todas las posibilidades interiores, y a controlar todos los riesgos que pudieran amenazarla. «Sin una adecuada formación humana toda la formación sacerdotal estaría privada de su fundamento necesario». Así lo expresaron los Padres sinodales¹¹⁰.

Desde el principio queremos señalar que no nos referimos solamente a la atención asistencial a los problemas humanos del sacerdote. Queremos insistir también en su formación humana.

La atención a los problemas humanos no puede faltar. Nuestras diócesis han hecho esfuerzos notables para salir al paso de esos problemas, con un talante de familia, con cercanía afectiva y con ese sentido del buen hacer que ayuda sin herir y se hace presente casi sin ser notado. Pero todavía nos queda mucho por avanzar. Hay sacerdotes con problemas de vivienda y de atenciones primarias. La situación económica no refleja en ocasiones una efectiva comunicación de bienes entre hermanos. Falta también una equitativa distribución del trabajo: frente a sacerdotes sobrecargados nos encontramos con otros en una especie de paro encubierto. Hay sacerdotes con problemas de salud física y psíquica. Algunos viven en una absoluta soledad y con carencias afectivas importantes. Muchos de nuestros hermanos se enfrentan ya a los problemas específicos de la ancianidad, la enfermedad o la jubilación. Avanzar en la solución o el alivio de estos problemas es condición indispensable para hacer posible y creíble cualquier otro esfuerzo de formación permanente.

Pero, incluso para la solución de estos problemas de atención y asistencia, es imprescindible un esfuerzo mucho mayor en la formación humana. Nuestro crecimiento humano y la progresiva maduración a la que estamos llamados, vienen requeridos por nuestra condición de pastores. Para mejor servir a nuestras comunidades como pastores, se nos pide un crecimiento humano que incluya:

— **crecer en sensibilidad humana**¹¹¹

El lugar del crecimiento y profundización de esta sensibilidad es el contacto diario con la gente y el compartir con ella la vida de cada día. Este «roce desde la encarnación», al estilo de Jesús, Verbo encarnado, es el que abre a la comprensión (sintonía mental), a la comunión afectiva (sintonía vital) y al compromiso sincero (sintonía práctica). Estaremos realmente madurando en humanidad, cuando de nosotros «pueda decir el pueblo de Dios algo parecido a lo que de Jesús dice la Carta a los Hebreos: "no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo, igual que nosotros, excepto en el pecado"» (Heb 4,15)¹¹².

— **ser puente y no obstáculo en el encuentro del hombre con Cristo Redentor**¹¹³

La raíz de nuestra formación humana es nuestra propia naturaleza de presbíteros y nuestro ministerio. Estamos llamados a reflejar en nosotros mismos, siempre de manera pobre e imperfecta, la perfección humana del Hijo de Dios, reflejada en sus actitudes hacia los demás. Nuestro ministerio nos remite esencialmente a los hombres. Tenemos la enorme responsabilidad de hacer ese ministerio humanamente creíble y aceptable, para ser puente y no obstáculo. Necesitamos la madurez humana como capacidad de relación y comunión con los demás: conocer al hombre, descubrir dificultades y problemas, favorecer el encuentro y el diálogo, granjearse la confianza y la colaboración, juzgar serena y objetivamente...

— **construir una personalidad equilibrada, sólida y libre**¹¹⁴

La exhortación de Juan Pablo II nos invita al cultivo de las cualidades humanas necesarias para asumir las responsabilidades pastorales: amor a la verdad, lealtad, respeto de toda persona, sentido de la justicia, fidelidad a la palabra dada, compasión, coherencia, equilibrio. La responsabilidad pastoral nos pide construcción de comunidad como hombres de comunión. Un ministerio que ha de ser avalado por otro conjunto de cualidades humanas: sencillez, afabilidad, hospitalidad, sinceridad,

prudencia, discreción, generosidad, disponibilidad, capacidad de relación fraterna y leal, comprensión, perdón, consuelo...

— ***madurar afectivamente desde la centralidad del amor***¹¹⁵

La madurez afectiva consiste en la capacidad para amar intensamente y para dejarse amar honesta y limpiamente. Capacidad de amar con un amor que compromete el nivel físico, psicológico y espiritual de la persona y se expresa en el doble movimiento de acoger al otro y entregarse a él, educando la propia sexualidad en la estima, el amor y la adhesión a la castidad.

— ***vivir el celibato como expresión de amor a Jesucristo y a la comunidad***¹¹⁶

Todo celibato no inspirado fundamentalmente por este doble y único amor es o pura continencia, o simple refugio, o equilibrio inestable, o tormento continuo. Como célibes necesitamos absolutamente la educación permanente al amor responsable y a la madurez afectiva. Sin este entrenamiento continuado y sin la prudencia, renuncia y vigilancia necesarias no estamos libres de vernos inmersos en regresiones al «período adolescente» del amor a los demás como forma de amarse a uno mismo, y de búsqueda de satisfacciones personales al margen de la entrega generosa a todos con amor no fragmentado. El trato cordial y fraterno con la mujer encuentra en la madurez afectiva del sacerdote y en una ascesis atenta y discreta la mejor garantía de una normalidad adulta.

— ***vivir la libertad como don de sí mismo para una auténtica realización personal***¹¹⁷

Es una invitación a decidir en libertad la orientación personal de la propia existencia. Hacer de nosotros «hombres para los demás», entregados por entero al servicio del prójimo. Es la respuesta a una vocación concreta y una fidelidad a compromisos de entrega incondicional, incluso en momentos difíciles.

— ***educar la conciencia moral como respuesta al amor de Dios***¹¹⁸

En el contexto de una sociedad en la que observamos no sólo un desplazamiento de unos valores a otros, sino una verdadera anemia moral, somos invitados a escuchar, en obediencia filial, la voz de Dios y a responder a ella, para forjar una conciencia moral libre y responsable. Sin moralismos, que pretendieran explicar todos los fenómenos sociales por causas morales, y sin culpabilismos con los que autocargar sobre nuestros propios hombros la responsabilidad única de las situaciones actuales, estamos, sin embargo, llamados a una educación humana permanente y adulta de la conciencia que nos pueda hacer también guías aptos en momentos de confusión y de pérdida de valores.

El crecimiento y la maduración en la personalidad humana del sacerdote realzan su servicio pastoral, dándole envergadura y credibilidad, especialmente necesarias en momentos de misión. La configuración personal con Jesucristo Pastor adquiere así un particular significado, como decíamos ya en otro lugar de nuestra comunicación: nos hace expertos en humanidad, acrecentando y profundizando la sensibilidad humana y la caridad del Buen Pastor, y adquiriendo aquellas cualidades que hicieron de Jesucristo «el hombre por antonomasia»

Sugerencias operativas

Se trata evidentemente de sugerencias. Su puesta en práctica será necesariamente plural y diversificada, dependiente de las situaciones, necesidades y posibilidades reales en cada diócesis y en cada momento.

Para promover la dimensión humana, sugerimos:

1. Afrontar fraternalmente, con realismo y efectividad progresiva, soluciones concretas a problemas humanos personales y colectivos de orden asistencial, como, por ejemplo, viviendas y residencias adecuadas, con alguna forma de vida en común; acuerdos con sociedades médicas para reconocimientos periódicos de salud; cauces efectivos y operantes para una real

comunicación de bienes, que permita la desaparición de las diferencias económicas injustas; atención y cercanía especial a sacerdotes ancianos, enfermos y jubilados...

2. Desde la cercanía a las situaciones personales y culturales de la humanidad actual, cultivar un talante personal comunicativo y dialogante, abierto a la autotranscendencia: apertura al tú, solidaridad fraterna, sensibilidad estética y ecológica, sintonía con las penas y alegrías al compás de los acontecimientos del mundo, apertura a Dios Padre y Creador desde una conciencia de contingencia solidaria.
3. Promover activamente el sentido de la comunicación y participación en la sociedad y en la Iglesia, superando el individualismo y promoviendo el diálogo y la comunión.
4. Profundizar en la maduración afectiva y sexual en el contexto positivo de la entrega en una opción célibe, con la capacidad afectiva y efectiva de amar y comprometerse, de servir con disponibilidad y de cultivar amistades profundas.
5. Incorporar al ejercicio del ministerio virtudes «profesionales», como el amor al trabajo y a la obra bien hecha, el cuidado por la preparación teórica (ciencias teológicas y humanas), y práctica (dinámica de grupos, técnicas de comunicación, metodologías pedagógicas...) para el ejercicio de las funciones presbiterales.

Servicios de apoyo

Se trata también de sugerencias para estimular el desarrollo de servicios institucionales de formación permanente en los distintos niveles. Estamos convencidos de que el sacerdote, que es el primer responsable de su formación, necesita encontrar apoyos de distintos tipos. Apoyos en el nivel más cercano del Arciprestazgo o Zona, en el nivel diocesano y en el nivel supradiocesano.

1. Los problemas de atención humana asistencial deberán encontrar apoyo, ante todo, en los niveles comunitarios más cercanos. En cuanto a criterios, apoyos organizativos y económicos, normalmente deberán intervenir organismos diocesanos como el Consejo Presbiteral, la Curia Diocesana o la Delegación del Clero. A ésta le corresponderá muchas veces escuchar y acoger las cuestiones, gestionar soluciones, prevenir problemas, coordinar esfuerzos, transmitir experiencias de posibles soluciones, etc.
2. Para la formación humana, personal o compartida, se debería contar con algunas orientaciones específicas, pedagógicamente elaboradas en cada diócesis por la Delegación del Clero. Habría que ofrecer un material adecuado sobre cuestiones de formación humana, como, por ejemplo, el proceso de crecimiento en la afectividad y sexualidad célibe; el diálogo pastoral y la evangelización; las exigencias profesionales en el presbítero; el desarrollo de la vida en común entre presbíteros. Con las colaboraciones necesarias, podrían seleccionarse y ofrecerse temas de interés para un quinquenio.

Los temas de más envergadura, que exigen un tratamiento más amplio, pueden pasar a los cursos de formación intelectual. Por ejemplo: estudios de antropología, iniciación a la psicología religiosa y a las ciencias sociales, etc.

3. Identificación del grupo de personas expertas que puedan servir de acompañantes, monitores, consejeros o profesores eventuales. Una vez determinados los temas, es posible tener una lista de expertos de distintos niveles y mayor o menor cercanía geográfica. Esta ayuda personal será también importante y permitirá acercar a expertos —sacerdotes, religiosos/as y seculares—, para que acompañen estas realidades de base, que para ellos mismos pueden resultar de gran importancia.

2. Reavivar la espiritualidad apostólica para entregar nuestra vida

Desde una antropología cristiana, la apertura de la formación humana a la formación espiritual es una especie de consecuencia plenificadora. Así lo percibe *Pastores dabo vobis*: «La misma formación humana, si se desarrolla en el contexto de una antropología que abarque toda la verdad sobre el hombre, se abre y completa en la formación espiritual»¹¹⁹.

La maduración espiritual es para los sacerdotes una gozosa posibilidad y una rigurosa exigencia. El don del Espíritu, recibido en la Ordenación, nos capacita para crecer en la fe y nos obliga a emplearnos a fondo en este menester¹²⁰. Tal crecimiento es tarea para toda la existencia. Ha de procurarse «en cualquier período o situación de la vida»¹²¹ La espiritualidad del presbítero debe estar regulada por la ley del crecimiento continuo¹²². Un sacerdote evangélicamente anémico o estancado contradice su propia condición espiritual y pastoral.

Nuestra espiritualidad de sacerdotes se encarna en la identidad del ser y del hacer del ministerio ordenado. Podemos constatar con gozo que el reconocimiento de una específica espiritualidad sacerdotal se va abriendo camino hoy en nuestros presbiterios diocesanos. No siempre había sido así. Unas veces, por la sospecha de evasión y de huida que en ciertos momentos planeó sobre todo tipo de espiritualidad; otras, porque no se reconocía a los presbíteros diocesanos una fuente de espiritualidad propia, debiendo éstos sacar las aguas del Espíritu de los pozos de la espiritualidad monástica, religiosa o laical.

Al menos en teoría, nos hemos clarificado mucho sobre estos puntos. Hoy no se percibe la vida espiritual como un intento de huida evasiva, sino más bien como la urgencia de traducción evangélica de sus exigencias en un talante nuevo de vida apostólica realizada en la oración y en la entrega. El Espíritu que configuró el sacerdocio existencial profético del Ungido, Jesús de Nazaret, es reconocido como el forjador e impulsor de quienes hoy representamos al mismo Cristo como signo sacramental de su mediación permanente. No podrá aparecer como evasión el objetivo de la formación espiritual de los sacerdotes: «una vida nueva y evangélica [...] una participación cada vez más intensa y radical en los sentimientos y actitudes de Jesucristo [...] una promoción cada vez más fuerte de la radicalidad evangélica»¹²³. Y hoy, después del Simposio de Espiritualidad de los Presbíteros Diocesanos, del Congreso de Espiritualidad Sacerdotal, del Sínodo de los Obispos de 1990, de la exhortación apostólica de Juan Pablo II *Pastores dabo vobis* y del Directorio de la Congregación del Clero, nadie pone en duda la especificidad de la espiritualidad sacerdotal, que ya había sido presentada por el Concilio Vaticano II.

Junto a sus profundas raíces teológicas, la espiritualidad sacerdotal ha descubierto también su radicación histórica. Se ha dado cuenta, en efecto, que ha de responder a los auténticos requerimientos que nacen de la sociedad y de la Iglesia de nuestro tiempo. Los grandes rasgos que modelan a la comunidad humana y a la comunidad cristiana en una época determinada configuran, para bien y para mal, el ministerio y la espiritualidad. Conocerlos, discernirlos y responder adecuadamente es una tarea espiritual importante.

A pesar de estos avances, nos quedan aún preguntas a las que hemos de responder con la experiencia de cada día: ¿cuáles son actualmente nuestras actitudes reales, las actitudes de todos y cada uno de los presbíteros, ante la espiritualidad? ¿Cómo han incorporado las distintas generaciones sacerdotales las líneas teológicas de una renovada espiritualidad sacerdotal? En un contexto sociocultural que exige una reestructuración más evangelizadora y misionera del ministerio, ¿qué nuevos acentos y sensibilidades debe apoyar esa espiritualidad apostólica?, etc.

La espiritualidad y sus medios: retiros, Ejercicios Espirituales, cursillos de espiritualidad, dirección espiritual..., habían quedado, de hecho, muy aparte respecto de las otras dimensiones de la formación. El Simposio sobre Formación Permanente reconocía que la espiritualidad había estado desconectada de los contenidos habituales de los ciclos diocesanos de formación permanente que eran casi exclusivamente teológicos y pastorales. La incorporación de la dimensión espiritual a la integralidad de la formación permanente tendrá un efecto positivo desde la que hemos llamado «recíproca transversalidad»: hará que la dimensión intelectual incluya los contenidos de la espiritualidad y que la dimensión espiritual anime vitalmente las demás dimensiones de la formación.

Para todo presbítero la formación espiritual constituye el centro vital que unifica y vivifica su «ser» y su «hacer» de sacerdote¹²⁴. La vida en el Espíritu le acompaña, de hecho, como fuerza interior en momentos muy diferentes de la propia biografía presbiteral.

En cada uno de esos momentos, el sacerdote está llamado a acentuar el talante de apóstol que, acompañando a Jesús y acompañado por Él, es capaz de aprender la entrega de la vida en tiempos recios de evangelización, percibiendo en esa entrega el signo más creíble de la caridad del Buen Pastor.

Sugerencias operativas

1. Renovar nuestra experiencia cristiana en relación personal con Cristo viviente, para reanimar nuestro testimonio apostólico y evangelizador. Reavivar la escucha de la Palabra de Dios, desde la presencia del Espíritu en la Escritura («lectio divina») y en los signos de los tiempos actuales, adquiriendo el sentido del discernimiento o lectura creyente de la realidad¹²⁵. Reactivar la oración individual y comunitaria, privada y litúrgica. Practicarla con asiduidad y profundidad.
2. Reanimar en la vida personal y grupal el signo apostólico de la radicalidad evangélica (fraternidad, servicio, celibato, pobreza, disponibilidad), para expresar con más claridad la sacramentalidad del ministerio histórico, en la línea de ser auténtica «profecía cultural», desde la alternativa a los «valores» culturales de nuestro tiempo.
3. Discernir la acción del Espíritu en el misterio de comunión de nuestra Iglesia real (particular y universal), para afianzar una adhesión creyente y adulta a la Iglesia, facilitar el reconocimiento de los carismas en el pueblo de Dios (ministerios, vida religiosa, laicado) y resituar así con gozo y humildad el propio ministerio pastoral.
4. Desarrollar día a día una devoción a Santa María la Virgen, como modelo y estímulo de acogida de la Palabra de Dios, de gestación meditativa en el interior del corazón y de alumbramiento de Jesús para la salvación de los hombres. La maternidad de la Virgen es paradigma para nuestro ministerio que consiste en «engendrar en la comunidad a Jesús mismo».

Servicios de apoyo

Proponemos, en primer lugar, servicios de carácter diocesano, conscientes, sin embargo, de que para la realización de algunos de ellos será necesario recurrir a aportaciones supradiocesanas y especialmente a la Comisión Episcopal del Clero.

1. El servicio diocesano de formación permanente integrará la reflexión sobre la dimensión espiritual mediante la incorporación a la formación permanente de temas específicos de espiritualidad sacerdotal y mediante la interrelación de la dimensión espiritual con las demás dimensiones.
2. Entre los temas que conviene tratar podemos indicar los siguientes: Teología espiritual y Espiritualidad sacerdotal; iniciación a la «lectio divina» y al discernimiento evangélico o lectura creyente de la realidad; introducción adecuada al reciente documento de la Pontificia Comisión Bíblica sobre la Interpretación de la Biblia en la Iglesia; información exegética y lectura actualizada de Evangelios, escritos paulinos y demás textos del Nuevo y del Antiguo Testamento, etc.
3. El equipo de la Delegación Diocesana del Clero proveerá de medios personales y de orientaciones adecuadas para la profundización del sentido del presbiterio en la Iglesia diocesana; para la promoción de valores de vida en común; para el acompañamiento personal o dirección espiritual..., de modo que cada presbítero pueda sentirse realmente apoyado en su espiritualidad por los servicios de la Iglesia diocesana.

4. Programar, para un quinquenio, publicaciones que lleven consigo indicaciones metodológicas para su tratamiento grupal y versen sobre temáticas de interés para la espiritualidad hoy, en general y para la espiritualidad específica sacerdotal. Pueden ser acompañadas de información bibliográfica y preparación de «dossiers» de trabajo. Se puede hacer también un esfuerzo de colaboración frecuente en revistas especializadas en temática sacerdotal o pastoral. Para todo esto será necesaria la colaboración de instituciones supradiocesanas.
5. Que la Delegación Diocesana del Clero reanime los Retiros, encuentros de espiritualidad, Ejercicios Espirituales, cuidando la variedad de formas y de tiempos para permitir la asistencia de todos los sacerdotes

3. Estudio y actualización permanentes para trabajar con fidelidad

Se trata de la dimensión intelectual de la formación permanente. Antes la solíamos llamar «formación teológico-pastoral» y de hecho, llenaba todos los contenidos teóricos y prácticos de la formación permanente en nuestras diócesis. Con la nueva denominación subrayamos que el aspecto intelectual abarca contenidos humanos, espirituales, pastorales, teológicos, filosóficos... tratados con una metodología de reflexión sistemática y aplicada al ministerio.

La integralidad de la formación permanente requiere, además, que el ejercicio de la reflexión intelectual se esfuerce por encontrar la interrelación de las diferentes dimensiones, buscando una integración convincente de lo teológico en la realidad humana, histórica y sociológica de una formación permanente acorde con la realidad del ministerio sacerdotal. Es lo que podemos llamar una «teología apostólica», o una «teología en el ministerio»¹²⁶. «La formación intelectual, aun teniendo su propio carácter específico, se relaciona profundamente con la formación humana y espiritual, constituyendo un elemento necesario de ellas»¹²⁷.

El título que damos a este área: estudio permanente, para trabajar con fidelidad, quiere ser una apretada síntesis de un párrafo de los dedicados por *Pastores dabo vobis* a la formación intelectual: «La dimensión intelectual de la formación requiere que sea continuada y profundizada durante toda la vida del sacerdote, concretamente mediante el estudio y la actualización cultural seria y comprometida. Participando de la misión profética de Jesús e inserto en el misterio de la Iglesia, el sacerdote está llamado a revelar a los hombres el rostro de Dios en Jesucristo. Pero esto exige que el mismo sacerdote busque este rostro y lo contemple con veneración y amor, sólo así puede darlo a conocer a los demás»¹²⁸.

La formación intelectual, tanto antes como después de la ordenación, tiene, por tanto, su justificación específica en la naturaleza misma del ministerio ordenado. Su urgencia actual le viene exigida por la nueva evangelización en las circunstancias específicas del mundo contemporáneo. No podemos, en efecto, olvidar, el valor de la formación intelectual en la educación y en la actividad pastoral. A un conocimiento cada vez más profundo de los misterios divinos nos empuja nuestra voluntad de contribuir a la salvación de nuestros hermanos y hermanas, que debemos promover a través de nuestro ministerio sacerdotal.

Para calibrar, además, su urgencia actual no olvidemos que la situación cultural en la que estamos llamados a promover la nueva evangelización se caracteriza por la indiferencia religiosa, por la desconfianza en la razón para alcanzar la verdad objetiva y universal y por nuevos problemas e interrogantes surgidos de los descubrimientos científicos y técnicos. De esta situación nueva nos llega una urgencia de elevación del nivel de formación intelectual. Por coherencia con nosotros mismos, y por fidelidad a los hombres que viven en este contexto, debemos prepararnos permanentemente para presentar el Evangelio de manera más creíble frente a las legítimas exigencias de la razón humana¹²⁹.

Para justificar cierta pereza intelectual, ponemos, a veces, el pretexto de que las comunidades a las que servimos no nos plantean estas exigencias e, incluso, tenemos una propensión a minusvalorar y, a veces, hasta a despreciar la formación intelectual en nombre de una cercanía pastoral a la gente sencilla que no entiende ni se preocupa por cuestiones de cierta envergadura. Se ha extendido entre nosotros una especie de anti-intelectualismo, que apunta certeramente a la

insuficiencia de un pensamiento abstracto y academicista, pero que yerra de plano cuando pretende sustraer de la complejidad de lo real la fuerza iluminadora de la reflexión y del pensamiento a la luz de la razón y de la fe. Por coherencia personal con nosotros mismos, que compartimos con todos los hombres la inquietud por la búsqueda de la verdad, debemos tomarnos en serio la dimensión intelectual de la formación permanente. En una fe insuficientemente formada, o en una formación inadecuadamente actualizada arraiga con frecuencia la duda, que resta ilusión y viveza al talante global de entrega en el ministerio y a la misma frescura y lozanía espiritual del sacerdote. Una inadecuada formación intelectual reduce horizontes, produce miedos, desarrolla complejos, propicia inseguridades, marca tendencias en la elección de destinatarios, buscándolos preferentemente entre aquellos que no pueden plantearnos problemas ni van a dejar al descubierto nuestras propias carencias. La búsqueda de lo sencillo es el nivel último del camino de la sabiduría, nunca la justificación perezosa para no iniciar y recorrer el camino.

Estamos, además, llamados a «dar razón de nuestra esperanza» en una situación social y eclesial de pluralismo, en la que se requiere una aptitud especial para el discernimiento crítico. Este tipo de discernimiento no será posible sin una formación intelectual especialmente sólida. Necesitamos saber discernir, no sólo para nosotros mismos, sino para poder ser ministros fieles de la Palabra, poniéndonos de verdad al servicio del hombre y ayudando a los creyentes a dar razón de la esperanza cristiana a cuantos se la pidan. De esta manera haremos de la fe cristiana y de la Iglesia lugares intelectualmente habitables.

Una actualización de la formación filosófica, como expresión de amor apasionado a la verdad, y una comprensión más profunda del hombre y de los fenómenos sociales, para lo que necesitamos de las «ciencias del hombre»: sociología, psicología, pedagogía, economía, política, ciencias de la comunicación... son imprescindibles para un ejercicio lo más encarnado posible del ministerio pastoral¹³⁰.

El estudio está principalmente orientado en el sacerdote a ahondar permanentemente en la teología, que proviene de la fe y trata de conducir a la fe, a la que constantemente alimenta y cuya mayor y mejor comprensión pretende. Debe subrayar las connotaciones cristológicas y eclesiales, intrínsecas a la teología, para hacer de su estudio actualizado ocasión de crecimiento en la relación personal con Jesucristo en la Iglesia y de fecundidad y generosidad en el ejercicio pastoral¹³¹. «Formación intelectual teológica y vida espiritual —en particular la vida de oración— se encuentran y refuerzan mutuamente, sin restar nada ni a la seriedad de la investigación ni al gusto espiritual de la oración»¹³².

El estudio de la teología ha de facilitar en los sacerdotes una visión completa y unitaria de las verdades reveladas por Dios, y favorecer permanentemente una síntesis teológica interdisciplinar. Es preciso mantener una atención vigilante a las dos direcciones en que se mueve la teología: el estudio de la Palabra de Dios y el estudio del hombre, interlocutor de Dios. La referencia al hombre nos pide una permanente actualización, desde la relación fe/razón, de la teología fundamental, así como la aproximación a aquellas disciplinas que se han desarrollado como respuesta a los problemas humanos más actuales y urgentes. Por tener éstos un carácter aceleradamente cambiante, podemos arrastrar un considerable desfase. Así sucede con la Doctrina Social de la Iglesia y con otras cuestiones de teología moral (por ejemplo, la bioética) que responden a problemáticas muy recientes. Un punto obligado de partida y de rigurosa referencia para el estudio serio de todas estas nuevas cuestiones son los recientes documentos del magisterio de la Iglesia. Constituyen asimismo apoyos adecuados las aportaciones de los teólogos que han hecho posible la maduración y exposición del juicio de los pastores.

El cultivo integral y teologal de la dimensión intelectual de la formación permanente debe realizarse mediante proyectos globales diocesanos, con objetivos diversificados para los distintos grupos de sacerdotes y con la aplicación suficiente de una metodología activa a partir de la experiencia pastoral. Los sacerdotes, en efecto, llevamos a cabo este necesario esfuerzo de actualización teológica como adultos y como pastores, desde una experiencia acumulada de humanidad y de pastoral que se convierte en mediación necesaria en toda tarea de actualización y de síntesis. La metodología de la formación intelectual debe reflejar esta situación especial en la que nos encontramos los sacerdotes. Un interés personal reencontrado y estimulado nos ayudará a salir de la inercia que hasta ahora han supuesto muchas reuniones de formación intelectual, más propensas a

ser transmisoras de información que talleres de intercomunicación, por la deficiencia de un trabajo personal enriquecedor y enriquecido en la participación y el diálogo.

Sugerencias operativas

Proponemos las siguientes:

1. En el cultivo personal e institucional de la formación permanente es necesario armonizar los contenidos humanos, espirituales, doctrinales y pastorales, unificándolos desde la perspectiva del ministerio evangelizador.
2. Promover en la formación permanente ministerial un estilo de «teología apostólica», capaz de unir la experiencia de fe, la fidelidad a las fuentes, el diálogo sociocultural, el discernimiento evangélico de la realidad, el servicio a la Palabra y la orientación al ejercicio del ministerio evangelizador.
3. Ofrecer un elenco ordenado de temas de tipo humano, espiritual, doctrinal y pastoral que resulten los más adecuados para iluminar la situación actual de nuestros presbiterios en contexto evangelizador.

Servicios de apoyo

Señalamos los siguientes:

a) *Diocesanos:*

El equipo de formación permanente, de la Delegación del Clero:

- habrá de dar los pasos necesarios para incorporar a la formación permanente algunos temas relacionados con los programas pastorales diocesanos, teniendo muy en cuenta el criterio de integralidad y las diferentes edades y situaciones de los sacerdotes;
- será fructífero el intercambio con otras Delegaciones del Clero cercanas y la transmisión de sus programaciones y experiencias al Secretariado de la Comisión Episcopal del Clero.

b) *A la Comisión Episcopal del Clero corresponde:*

- favorecer el intercambio y la evaluación de las experiencias de formación permanente integral y de teología apostólica;
- asesorar a los equipos diocesanos de profesores y monitores, brindando, si es posible, la ayuda de expertos de Institutos y Facultades;
- ofrecer un elenco de temas de las distintas dimensiones, en función de algunos contenidos del Plan trienal de la Comisión Episcopal;
- elaborar materiales o «dossiers» que interesen a los equipos de formación permanente de las distintas diócesis.

4. Trabajar como pastores, compartiendo el presente y el futuro de la misión

Lo pastoral no es sólo dimensión, es también finalidad de toda la formación permanente. Como finalidad caracteriza al resto de las dimensiones (humana, espiritual e intelectual), siendo el punto determinante de toda la formación para el sacerdocio y en el sacerdocio. Como sacerdotes intentamos madurar humana, espiritual e intelectualmente para ser buenos pastores. Se puede decir que crecemos y maduramos para los demás. De ahí recibe nuestra formación armonía y unidad: «El camino hacia la madurez requiere no sólo que el sacerdote profundice cada vez más en los diversos

aspectos de su formación; exige también, y ante todo, que los sepa integrar entre sí de manera cada vez más armónica, alcanzando progresivamente la unidad interior, que la caridad pastoral garantiza. Ésta, en efecto, no sólo coordina y unifica los diversos aspectos de la formación, sino que los especifica como propios de la formación del sacerdote en cuanto tal, es decir, del sacerdote como transparencia, imagen viva y ministro de Jesús, buen Pastor»¹³³.

En este sentido de finalidad, la formación pastoral es expresión y consecuencia de la caridad pastoral, que anima y dinamiza virtudes, capacidades y destrezas, desde la fidelidad a la propia configuración cristológica y a las exigencias de un ministerio eclesial al servicio del mundo, en una nueva fase de pastoral evangelizadora que, sin duda, exigirá también modificaciones en las diversas funciones realizadas por los presbíteros.

Pero lo pastoral no es sólo finalidad; es también dimensión de la formación permanente. Como tal, y en conexión con las restantes, suscita una serie de estímulos, a los que la formación permanente debe responder.

Hacer pastores y hacerse pastores día a día significa:

- «Garantizar el crecimiento de un modo de vivir en comunión con los mismos sentimientos y actitudes de Cristo, buen Pastor»¹³⁴. Se trata de precaverse de una concepción de lo pastoral como simple aprendizaje de técnicas. Dimensión pastoral y dimensión espiritual se necesitan así recíprocamente.
- Iniciar y desarrollar la sensibilidad del pastor, que lo capacite para asumir responsabilidades, sopesar problemas, establecer prioridades, elegir medios adecuados de solución desde la fe y según las exigencias de la pastoral¹³⁵. Sensibilidad pastoral que lo empuje a un mejor conocimiento de la situación de los hombres a quienes es enviado, al discernimiento del Espíritu en las circunstancias históricas, a la búsqueda de métodos y formas más adecuados para ejercer hoy el ministerio¹³⁶. Existe una recíproca necesidad mutua entre dimensión pastoral y dimensión humana de la formación permanente.
- Equilibrar el rigor científico de la teología con su carácter pastoral. Los sacerdotes necesitamos prepararnos para anunciar el mensaje evangélico en todo tiempo y lugar, de modo que la misma acción pastoral aparezca en línea con una auténtica visión teológica¹³⁷.

Esta penetración socio-cultural apostólica es más importante y urgente ahora, cuando se impone un giro hacia la novedad de la pastoral evangelizadora. Desde nuestro presente pastoral debemos intuir y preparar el futuro, modificando el rumbo y previniendo los nuevos objetivos y las nuevas acciones. La experiencia es testigo, sin embargo, de la gran dificultad que experimentamos en nuestras programaciones para una lúcida previsión pastoral que nos oriente decididamente hacia el porvenir.

- Actualizar permanentemente el estudio de la teología pastoral o práctica, como reflexión científica sobre la Iglesia, edificada por el Espíritu en el día a día de la historia. Una teología pastoral que «posee una dignidad teológica propia, porque recibe de la fe los principios y criterios de la acción pastoral de la Iglesia en la historia, de una Iglesia que día a día se engendra a sí misma, según la expresión de San Beda el Venerable: la Iglesia engendra cada día a la Iglesia. Entre estos principios y criterios se encuentra uno especialmente importante: «el discernimiento evangélico de la situación sociocultural y eclesial, en cuyo ámbito se desarrolla la acción pastoral»¹³⁸. Recíproca necesidad entre dimensión pastoral y dimensión intelectual de la formación permanente integral.
- Profundización permanente en la naturaleza de la Iglesia, como misterio, comunión y misión, a cuya animación está destinada la acción pastoral. La formación pastoral intentará desarrollar y madurar en nosotros las actitudes pastorales correspondientes: sentido de la acción gratuita del Espíritu en el crecimiento de la Iglesia; realización de una pastoral comunitaria que conjugue armoniosamente en el trabajo los distintos carismas, dones y vocaciones, consiguiendo un ambiente de mutua confianza, paciencia, comprensión, diálogo y, sobre todo, un amor a la Iglesia más grande que el resto de los amores, incluido el amor a sí mismo o al

propio grupo o asociación; colaboración con los laicos, asumida, promovida y posibilitada por cauces reales y operativos de comunión y participación; promoción de una pastoral misionera, que no encierre el Evangelio en los límites del templo ni a la propia Iglesia en las fronteras de lo particular¹³⁹. En las múltiples tareas de la dimensión pastoral, la formación permanente tendrá presente las desiguales condiciones en las que se encuentran las distintas franjas del presbiterio de la diócesis, de la zona o de la misma parroquia de cara a las exigencias de una pastoral misionera. La diversidad en la distribución de servicios pastorales puede, en efecto, hacer resplandecer la belleza de la pastoral comunitaria en el conjunto de un presbiterio enviado como tal a la misión.

Sugerencias operativas

1. Profundizar en el análisis de los problemas y de las posibilidades evangelizadoras que el actual contexto socio-cultural plantea a la fe cristiana eclesial, para deducir con efectividad conclusiones y programaciones de pastoral evangelizadora. Aprender a objetivar las situaciones según sus verdaderas causas sociales, culturales y personales, y a saber leerlas a la luz de la fe y de la esperanza que nos testimonia la Historia de la Salvación.
2. Promover la búsqueda de nuevos modos de acogida, aproximación personal, diálogo pastoral y métodos de «nueva apologética», como medios de evangelización.
3. Adiestrarnos para poder presidir comunidades maduras y en la guía pedagógica de los grupos cristianos hacia esa madurez, mediante nuestro servicio a la Palabra, a los Sacramentos y a la comunión de las personas y grupos.
4. Educarnos para compartir corresponsablemente con presbíteros, religiosos/as y seglares en la pastoral de conjunto y para acompañar individual y asociadamente al laicado en sus compromisos seculares.
5. Avanzar en la catequesis misionera y en la pedagogía evangelizadora de la religiosidad popular.
6. Progresar en el acercamiento de grupos y comunidades eclesiales hacia el compromiso con los pobres, hacia los países del Tercer Mundo y hacia iniciativas de reconciliación social.
7. Apoyar y animar nuevos compromisos misioneros entre los sacerdotes.

Servicios de apoyo

a) *En las diócesis*

Los organismos diocesanos y los Consejos Presbiteral y Pastoral deben asumir las cuestiones pastorales que les competen y están a su alcance: el equipo de formación permanente, de acuerdo con el proyecto diocesano y según la realidad del presbiterio, debe preparar la sensibilización teológica y evangelizadora de los presbíteros ante las previsiones del Plan diocesano.

La Delegación del Clero habrá de animar criterios y actitudes coherentes con la evangelización, mediante encuentros, cursillos, retiros, ejercicios orientados evangelizadamente, publicaciones y bibliografía adecuada para esas actitudes evangelizadoras.

b) *Organismos supradiocesanos y Comisión Episcopal del Clero*

Naturalmente hay que proseguir en la colaboración ya iniciada con otras Comisiones Episcopales para elaborar conjuntamente criterios sobre algunos temas que trascienden las posibilidades diocesanas. Por ejemplo: las cuestiones claves de fondo del Plan trienal sobre pastoral evangelizadora. En concreto:

- Sentido y alcance pastoral de la «nueva apologética».
- La pedagogía evangelizadora de la religiosidad popular. Intercambio y análisis de experiencias diocesanas sobre algunos temas.
- Proyectos globales de iniciación cristiana en nuestra situación de pastoral evangelizadora.
- Guía pedagógica para la maduración comunitaria de nuestras parroquias.
- Nuevas formas de compromisos misioneros en el ministerio presbiteral.

El resultado de todos estos trabajos debería pasar a publicaciones sencillas y sugerentes, que pudieran servir para la formación pastoral permanente, tanto personal como grupal de nuestros presbíteros.

CONCLUSIÓN

La perspectiva abierta por la exhortación *Pastores dabo vobis* a la formación permanente de los sacerdotes es inmensa. A los presbiterios diocesanos presididos por sus obispos corresponde singularmente la recepción de esta nueva perspectiva. Recibir es, en este caso, acoger con el corazón, asumir con la mente, aplicar con la práctica, prolongar con la fidelidad creativa las intuiciones de la exhortación papal.

El trabajo que hoy presentamos es un esfuerzo de recepción de *Pastores dabo vobis*, realizado en el área de la Iglesia en España. Un grupo escogido de sacerdotes expertos en teología, en espiritualidad y en pastoral nos han ayudado decisivamente a darle forma.

Reconocemos las limitaciones de nuestra reflexión. Esperamos que resulten útiles a todos los sacerdotes y muy especialmente a los equipos diocesanos que se mueven en torno a la Delegación del Clero. Nuestro mayor deseo consiste en que el trabajo que hoy presentamos resulte «convocador y provocador». Al fin y al cabo la formación permanente entendida en toda su riqueza es surco privilegiado para un despliegue completo de todas las dimensiones que componen la vida de los presbíteros. La llamada del Señor a los sacerdotes pasa por su formación permanente. La respuesta fiel y evangélica de éstos al Señor pasa igualmente por la formación permanente.

La Comisión del Clero, que se ha propuesto como objetivo general de este trienio la recepción de *Pastores dabo vobis*, cumple con este trabajo una parte de este noble cometido. Al mismo tiempo se siente invitada por el Señor y alentada por los obispos y los presbíteros a seguir extrayendo de este pozo un agua que produzca vida.

8 de septiembre de 1995

NOTAS

- ¹ Cf. JUAN PABLO II, Exh. ap. *Pastores dabo vobis* [PDV] 71.
- ² Ibid.
- ³ PDV 70.
- ⁴ Ibid.
- ⁵ Cf. Mt 21, 14-30.
- ⁶ PDV 70.
- ⁷ Cf. PDV 70.
- ⁸ Ibid.
- ⁹ PDV 70.
- ¹⁰ Cf. PDV 70.
- ¹¹ Ibid.
- ¹² Ibid.

- 13 Ibid.
14 Ibid.
15 PDV 76.
16 Cf. *Directorio de la Congregación del Clero*, n. 93.
17 PDV 76.
18 Cf. PDV 76.
19 Cf. PDV 77.
20 Ibid.
21 Cf. J. M. URIARTE, *La formación humana de los sacerdotes* (EDICE, Madrid 1994) 37.
22 Cf. PDV 77.
23 Cf. J. M. URIARTE, *ibid.* p. 41.
24 PDV 77.
25 PDV 71.
26 Cf. PDV 73.
27 PDV 12.
28 Cf. PDV 11.
29 Cf. PDV 15.
30 Cf. PDV 16.
31 Cf. PDV 71.
32 Gál 2,20.
33 PDV 25.
34 Cf. PDV 28.
35 Cf. PDV 16.
36 Cf. PDV 26.
37 Cf. CONC. VAT. II, Decr. *Presbyterorum ordinis* [PO] 2.
38 Cf. PDV 12. 15.
39 Cf. PDV 70.
40 PDV 70.
41 PDV 70.
42 Cf. Hch 20,22.
43 Gál 2,20.
44 Cf. PDV 28-30.
45 Cf. Jn 16,13.
46 Jn 3,13.
47 2 Cor 3,6.8.
48 Cf. CEE, *Plan trienal 1994-1997*.
49 Cf. PDV 78.
50 Cf. PDV 79.
51 Cf. PDV 78.
52 Ibid.
53 Ibid.
54 PDV 78.
55 Cf. PDV 78.
56 2 Cor 1,24.
57 Cf. PDV 75.
58 Cf. PDV 70.
59 JUAN PABLO II, *Homilía en la Eucaristía de Huelva*, 1993 (cita recogida en el *Plan trienal de la CEE 1994-1997*).
60 Cf. PDV 10.
61 PDV 10.
62 JUAN PABLO II, Carta enc. *Redemptoris missio* [RMI] 33.
63 Cf. CEE, *Plan trienal 1994-1997*.
64 Cf. Hch 20,32; 1 Tes 2,13; 2 Cor 5,20; PO 15; CONC. VAT. II, Const. dogm. *Dei Verbum* [DV] 21-26.
65 PDV 70.
66 PDV 70.
67 PDV 72.
68 Cf. *Visita ad limina de los Obispos de las Provincias Eclesiásticas de Valladolid y Valencia*, 23-9-1991.
69 PDV 17.

- 70 PDV 74.
71 Cf. PDV 74.
72 Cf. Jn 17.
73 Cf. Hch 2,43-47.4,32-37.
74 Jn 17,15.
75 PDV 18.
76 CONC. VAT. II, Const. *Sacrosanctum Concilium* [SC] 9.
77 Cf. JUAN PABLO II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis* [SRS] 42.
78 SRS 41.
79 Ibid.
80 JUAN PABLO II, Carta enc. *Centesimus annus* [CA] 57.
81 CEE, *La caridad en la vida de la Iglesia. Introducción a las Propuestas*.
82 Cf. Clausura del XLV Congreso Eucarístico Internacional; Homilía en la Catedral de Sevilla;
Homilía en la ordenación sacerdotal de Sevilla; Discurso en la Sede de la Conferencia Episcopal;
Homilía en la Catedral de Madrid.
83 Cf. PDV 10.
84 PDV 30.
85 PDV 72.
86 PDV 73.
87 PABLO VI, Exh. ap. *Evangelii nuntiandi* [EN] 19.
88 Cf. EN 20.
89 Cf. EN 18-20.
90 PDV 75.
91 Cf. *ibid.*
92 EN 3.
93 Cf. PDV 75.
94 EN 25.
95 EN 40.
96 PDV 5.
97 CEE, *Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal para 1994-1997*.
98 Mc 16,15.
99 Hch 1,8.
100 Cf. PDV 32.
101 RMI 57.
102 Cf. JUAN PABLO II, Exh. ap. postsinodal *Christifideles laici* [ChL] 2.
103 Cf. ChL 2.
104 ChL 15.
105 Introducción del presente documento.
106 *Directorio de la Congregación del Clero*, 70.
107 *Ibid.* n. 72.
108 PDV 71.
109 *Directorio de la Congregación del Clero*, 80.
110 PDV 43.
111 PDV 72.
112 *Ibid.*
113 PDV 43.
114 PDV 43.
115 PDV 44.
116 *Ibid.*
117 PDV 44.1.
118 PDV 44.
119 PDV 45.
120 Cf. PDV 70.
121 PDV 76.
122 Cf. PDV 70.
123 PDV 72.
124 PDV 45.
125 Cf. PDV 10.
126 Cf. PDV 51.

- 127 PDV 51.
- 128 PDV 72.
- 129 Cf. PDV 51.
- 130 Cf. PDV 52.
- 131 Cf. PDV 53.
- 132 PDV 53.
- 133 PDV 72.
- 134 PDV 57.
- 135 Cf. PDV 58.
- 136 Cf. PDV 72.
- 137 Cf. PDV 55.
- 138 PDV 57.
- 139 Cf. PDV 59.